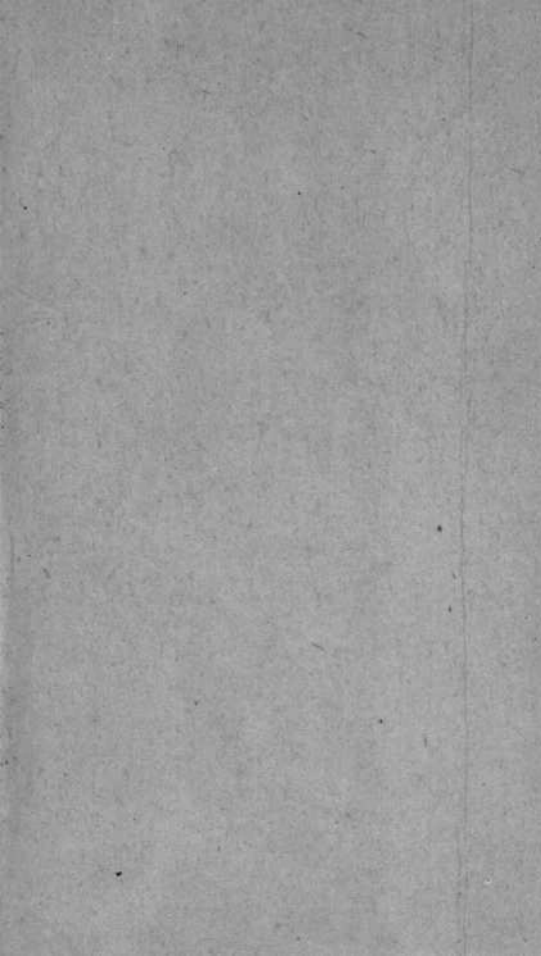


BIBLIOTECA
UNIVERSAL





The header features a central figure of a woman holding a scale, flanked by two seated figures. The entire scene is set on a decorative pedestal. Above the figures, the words 'BIBLIOTECA' and 'UNIVERSAL' are written in a large, red, arched font. Below the figures, the word 'LETRAS' is written in a smaller red font. On either side of the central pedestal, the words 'CIENCIAS' and 'ARTES' are written in red. The entire header is framed by ornate scrollwork and garlands.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

LETRAS

CIENCIAS

ARTES

COLECCIÓN
de las
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO 177

Antonio Capmany.

OBSERVACIONES CRÍTICAS
SOBRE
LA EXCELENCIA DE LA LENGUA CASTELLANA

MADRID

FERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
Arenal, núm. 11.

Precio: 60 cénts. en toda España.

VOLÚMENES EN VENTA

	TOMOS		TOMOS
Romancero del Cid....	1	Eusebio Blasco.—Poe- sías.....	4
La Celestina.....	2 y 3	Víctor Hugo.....	42-44-81
La Edad Media.....	4	Poesías mejicanas....	45
Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.	5	Melo.—Guerra de Cata- luña.....	46-47-49
Poesías alemanas.....	6	Campoamor.....	48
Proudhon.....	7	Mesonero Romanos..	51 y 52
Romancero morisco... 8 y 10	8 y 10	Bossuet —O raciones fúnebres.....	53
Cervantes.—Novelas..	9	Mirabeau.—Discursos.	54
Herculano.—Novelas..	11	Eurípides.....	55
Espronceda.—Poesías. 12 y 19	12 y 19	Voltaire.....	56
Goethe.—Werter.....	13	Víctor Balaguer.....	57
Larra.—Artículos.... 14 y 15	14 y 15	Escritoras españolas..	58
Romancero caballe- resco.....	16	Nicolás Gogol.....	59
Tesoro de la poesía cas- tellana.....	17-18-20-22-30	Poetas americanos....	60
Dante.—Tasso—Pe- trarca.....	21	Jovellanos.....	61-80-81
Tirso de Molina.....	23	Poetas contemporá- neos.....	62 y 64
Calderón de la Barca.. 24-138	24-138	Lord Byron.—Poemas	63
Fray Lope de Vega... 25	25	Ventura R. Aguilera..	65
Zorrilla.....	26	Marco Polo.....	66
Quevedo..... 27-36-91-94	27-36-91-94	Cristóbal Colón.....	67
Soulié..... 28-32-43-50	28-32-43-50	El Universo en la Cien- cia.....	70
Balzac.....	29	Poesías inéditas de Cal- derón.....	71
Santa Teresa.....	31	Argumento de Amadís de Gaula.....	72
Alarcón.....	33	Lope de Vega.—Nove- las.....	73
La perfecta casada... 34	34	Demóstenes y Esquines	74
D. Ramón de la Cruz. 35 y 133	35 y 133	Fabulistas extranjeros	75
Moratin.....	37		
Lope.—Nieto de Molina	38		
Castillejo.....	39		
Schiller.—Dramas. 40-68-69	40-68-69		

BIBLIOTECA UNIVERSAL



BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN DE LOS MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS, NACIONALES
Y EXTRANJEROS

—
TOMO CLXXVII
—

OBSERVACIONES CRÍTICAS

SOBRE

LA EXCELENCIA DE LA LENGUA CASTELLANA

PCR

D. Antonio Capmany.

MADRID

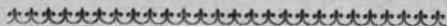
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Sucesores de Hernando.

Calle del Arenal, 11.

—
1920

ES PROPIEDAD



NOTA DE LOS EDITORES

Las OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LA EXCELENCIA DE LA LENGUA CASTELLANA que el ilustre humanista D. Antonio Capmany puso como introducción a su *Teatro histórico-crítico*, es sin disputa la obra que mejor pone al alcance de toda clase de personas, y especialmente del magisterio de primeras letras, los medios de cultivar nuestro patrio idioma, porque aquellas observaciones abrazan una idea sumaria de las vicisitudes de dicho idioma desde su más remoto origen hasta la época presente, y sirven de norma, más que otro escrito, para encaminar los estudios de cuantos anhelen conocer este ramo de instrucción.

Otros escritos hay (como el *Diálogo*

de las Lenguas, de Juan de Valdés, y *El fundamento del vigor y elegancia de la Lengua castellana*, de Garcés) que aleccionan magistralmente para apreciar los tesoros de la lengua castellana; pero sus luminosas páginas son en cierto modo ineficaces si no las acompañan algunas indicaciones que sirvan de explicación o comentario.

La obra de Capmany es una recopilación o sumario al alcance de todos, porque es una a manera de tratado preliminar para aquellas personas que, no teniendo en general formado el gusto en la lectura de los clásicos, no pueden apreciar todo el tesoro que éstos encierran, y por ella se inician y siguen con suficiencia bastante el estudio de la lengua.

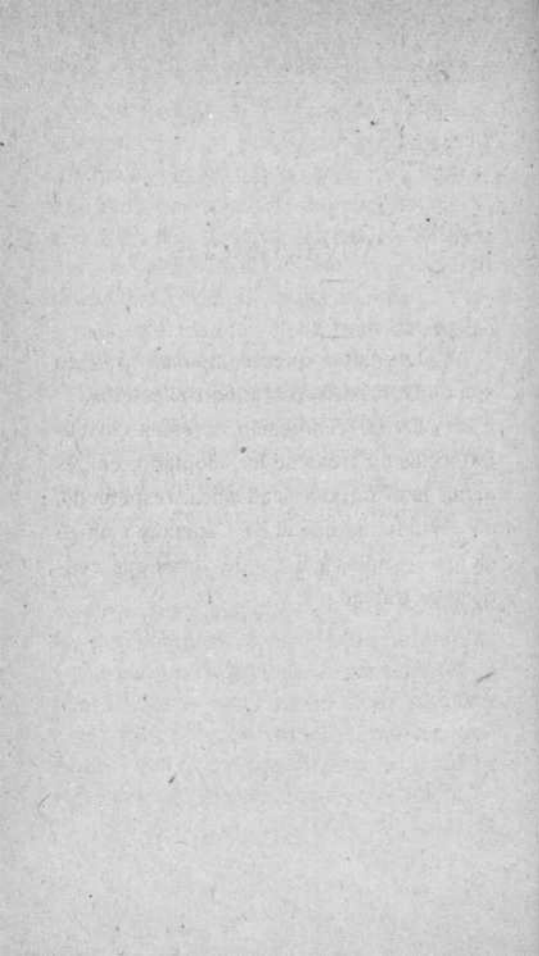
Como quiera que sea, la presente obra contribuye a hacer un estudio siquiera de la Gramática castellana, motivo por el cual consideramos de gran utilidad la reimpresión de este pequeño tratado.



ADVERTENCIAS

1.^a Las notas que acompañan al texto son de D. Francisco Merino Ballesteros.

2.^a En la reimpresión de estas OBSERVACIONES CRÍTICAS se ha adoptado, en general, la ortografía académica, respetando, no obstante, la que el Sr. Capmany empleó en los ejemplos y listas de voces que contiene su trabajo.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

SOBRE

LA EXCELENCIA DE LA LENGUA CASTELLANA





OBSERVACIONES CRÍTICAS

SOBRE

LA EXCELENCIA DE LA LENGUA CASTELLANA

La lengua castellana, que por haberlo sido después de la Corte y Tribunales Supremos de la monarquía, fué llamada *española*, empezó a ser idioma vulgar o romance, como si dijésemos *romano rústico*, hacia el siglo X; tomó índole y forma de dialecto culto en el reinado de Alfonso el Sabio; adquirió cierta grandiosidad bajo de los reyes D. Juan II y D. Fernando el Católico; brilló con pompa y majestad en el reinado de Carlos I; y bajo de su hijo Felipe II se pulió, se enriqueció y añadió a la abundancia mayor suavidad y armonía. Yo no pre-

tendo engolfarme ahora en eruditas y prolifas investigaciones sobre el origen elemental e histórico de la filiación, formación y alteraciones primitivas de nuestra lengua; bastando para dar una idea de su antigüedad y progresos una breve exposición de su más remoto estado, vicisitudes y última fortuna.

I

Aquellos españoles que, huyendo de las invasiones de los moros en el siglo VIII, desampararon sus tierras y domicilio y se refugiaron a los países fragosos de las partes septentrionales de nuestra península, habían llevado y conservaron consigo en aquel asilo el idioma corriente y usual de su tiempo, que era un latín ya estropeado y desfigurado por la pronunciación de los godos. Los otros naturales que permanecieron en los países conquistados bajo de servidumbre, con el trato y comunicación de los vence-

dores, mezclaron en su patrio lenguaje muchas voces arábigas que lo enriquecieron, y aun hoy permanecen, bien que algo alteradas por la escritura y pronunciación españolas, que han obscurecido las raíces, descomponiendo la estructura mecánica de los vocablos.

En los reinados de los reyes de Oviedo y de León, aquel idioma peculiar y nacional de los cristianos se fué confundiendo, y adulteróse de tal manera su forma original latina, que los legos en el siglo XI ya no entendían el romano de los libros, ni por el de éstos se podía conocer el romance de la habla común. Al paso que se extendían las conquistas de los españoles septentrionales, aquel tosco dialecto del latín se propagaba insensiblemente por todos los países que ocupaban. De la comunicación de ellos con los antiguos tributarios de los moros, y con estos mismos, de quienes habían tomado muchas palabras, se vino a formar un lenguaje mixto, que con el tiempo fué adopta-

do y connaturalizado en todos los dominios de la corona de Castilla.

De estos principios y progresos primitivos de la lengua castellana se hace indubitable su origen latino, o por mejor decir, su inmediata filiación del latín corrupto de la Edad Media, mezclado con voces de origen godo, y adulterado con la liga de muchísimas arábicas, que aumentaron su vocabulario. Con el discurso del tiempo nuestra lengua fué perdiendo gran parte de la dura articulación de sus voces, limándose y suavizándose la aspereza de su estructura silábica con la mayor comunicación y trato entre gentes muy sensibles a la armonía, a causa de la delicadeza de sus órganos y urbanidad de sus costumbres, a la manera que las chinias que acarrean los torrentes se redondean y alisan con el continuo frotamiento de unas con otras.

Habiendo hallado en este estado su lengua vulgar el santo rey D. Fernando, quiso ennoblecerla con la versión del *Fuero Juzgo*,

esto es, *Forum Judicum*, que es el código o cuerpo de todas las leyes de los reyes godos de España, las más antiguas que se conocen en Occidente después de las romanas. Esta versión castellana, que imprimió en 1600 Alonso de Villadiego, exornándola con notas y eruditos comentarios, se está examinando por la Real Academia Española, que ha emprendido una nueva y correcta edición del texto latino con la versión de este precioso monumento (1). En este mismo romance mandó igualmente componer las leyes de las *Siete Partidas*, que su hijo D. Alonso concluyó en 1260. De todo lo cual se hace evidente que la lengua castellana debe su fomento, extensión y uso

(1) La preciosa edición del *Fuero Juzgo* de que habla el autor se llevó a cabo, en efecto, por la Academia de la Lengua, terminándola en 1815, por cuyo medio suministró «nueva luz al estudio de nuestro lenguaje, al tiempo mismo que al de nuestra jurisprudencia e historia». (Véase el prólogo de la edición citada.) — *M. B.*

público al santo rey D. Fernando; siendo muy raras las escrituras que se pueden citar en vulgar anteriores a su reinado.

Su hijo D. Alonso X halló ya la lengua muy adelantada, rica y apta para tratar científicamente toda suerte de materias. De las obras que compuso, o que de su orden o bajo su dirección se escribieron en prosa, se cuentan: el *Fuero Real*; las *Partidas*; las *Tablas astronómicas*, llamadas *Alfonsinas*; la versión castellana del *Quadripartito* de Ptolomeo y de los *Cánones* de Abategnio; el *Libro de las Armellas*, que es un tratado traducido de la esfera o del astrolabio; la paráfrasis castellana de toda la *Historia bíblica y sagrada*; la *Crónica general de España*; la *Conquista de Ultramar*, que alcanza hasta el año 1264, sacada de la *Historia* de Guillermo de Tiro; y otras obras que no han sido publicadas, como el *Repartimiento de Sevilla*; los cuatro libros del *Fuero de Valladolid*; la *Vida del santo rey D. Fernando*, su padre, escrita por su mismo hijo;

el *Septenario*, que es una miscelánea de Filosofía, Astrología y cosas de nuestra fe católica; *El Tesoro*, obra que trata de la *Filosofía racional, moral y natural*, y algunos tratados de Avicena y Averroes. No sólo la empleó en la gravedad de la prosa, mas también la consagró a la melodía de las obras métricas que compuso él mismo, como son: el *Libro de las Cantigas*, que contienen varios milagros y alabanzas de Nuestra Señora y de otros santos, bien que son en dialecto gallego; el *Libro de las Querellas*, poema que escribió hacia los años de 1283, quejándose de la deslealtad de muchos magnates que abrazaron el partido de su hijo D. Sancho cuando se alzó con la corona, y el *Libro del Tesoro*, o piedra filosofal, que compuso en 1277.

De todas las obras que se escribieron en aquel reinado en romance, las cuales debemos mirarlas como el original y precioso tesoro de la lengua castellana del siglo XIII, pocas han merecido la luz pública, por ha-

berse quedado entre los manuscritos raros de las bibliotecas y archivos. La principal clave para el perfecto conocimiento de los orígenes, ortografía, antigüedad y etimología de nuestra lengua, se debe buscar en las obras de prosa y verso que se compusieron en el reinado de un soberano protector de las ciencias y las artes, que las hizo comunes y familiares en sus dominios, ordenando que se extendiesen en lengua vulgar todos los instrumentos públicos y reales privilegios, que hasta entonces se habían escrito en latín, y que se tradujesen los libros de historias sagradas y profanas. La afición de D. Alonso a la Astronomía y Poesía atrajo a Castilla varios sabios de Oriente y muchos trovadores provenzales, con cuya comunicación, más civilizadas las costumbres, se introdujo más flexibilidad a la lengua de la corte.

II

En aquella época ninguna lengua de Europa había alcanzado una forma tan pulida, bella y suave como la castellana, pues en ninguna se escribió en tan diversos géneros de prosa y metro. San Luis, rey de Francia, por aquel mismo tiempo formó sus *Establecimientos* u Ordenanzas civiles; mas en un romance tan desaliñado y anticuado, que no sólo su lectura era hoy difícil, sino que hasta su sentido se había hecho casi incomprendible a los franceses modernos. Para facilitar la inteligencia de este precioso monumento, poco conocido de los mismos literatos que lo citaban y encarecían, se acaba de publicar en París una bella edición del texto con la versión en francés corriente: tanta es la semejanza en el espacio de cuatro siglos, que siendo una misma lengua, parecen extranjeras la una respecto de

la otra. El lenguaje de nuestras leyes de las *Partidas*, no obstante de contar la misma antigüedad, guarda aún tanta conformidad con el moderno, que el más rudo amanuense de abogado, sin dificultad alguna, penetra su sentido luego que se impone en las terminaciones, ortografía y uso de algunos vocablos anticuados. El dialecto de Joinville, de Villehardouin, de Monstrelet, Brantôme, Froisart, etc., y de todos los noveladores de aquellos tiempos, es el más auténtico testimonio de la grosería y dureza del francés de los siglos XIII, XIV y XV, comparado con el del reinado de Luis XIV, que acabó de borrar la ingrata fisonomía del viejo lenguaje.

En efecto, sin embargo que desde el reinado de Francisco I empezó el francés a tomar una forma más culta y suave, continuó en los dos reinados siguientes con tanta languidez y desaliño, que con propiedad no se podía llamar lengua perfecta; ni hasta fines del reinado de Luis XIII empezó a

apercibirse en ella rastro de alguna armonía, nervio y precisión. Sus más antiguos gramáticos vulgares no pasan del tiempo de Francisco I, cuyas reglas, fundadas sobre el griego y el latín (que lo mismo nos sucedió a nosotros), no adelantaron la lengua y dificultaron el arte. Verdad es que en el siglo pasado y en el presente han tenido los franceses un gran número de selectos humanistas, que con acrisolada crítica han trabajado en dar a su idioma claridad, pureza y corrección, estableciendo sus verdaderos principios.

Mas quiero preguntar yo ahora: después de los desvelos de Tomás Corneille, de Vaugelas, de Bouhours, de Despreaux, de Ménage, de Regnier, de La Bruyère, de Richelet, de Marsais, de Restaut, de Girard, de Dangeau, de Olivet, de Condillac y de Beauzée, ¿a qué se reduce la perfección de esta lengua cuando se compara con la española, a pesar de haber carecido ésta del socorro de escritores tan severos y metafí-

sicos, que podrían haberla acrisolado y purificado? ¿No es la lengua francesa la más rigurosa en sus reglas, la más uniforme en su sintaxis y la más embarazada en su frase? Para traducir la energía, rapidez y libertad de las lenguas antiguas es muy pesado y pobre instrumento un idioma tan difícil de manejar, tan ingrato, tan trivial y tan sujeto a las anfibologías, cuya universalidad moderna podrá deberla a causas políticas, mas no a los encantos de su melodía, a la gracia de su sales ni al primor y variedad de sus dicciones.

Esta lengua, universal porque se ha hecho el idioma vulgar de las artes y las ciencias, ¿dónde tiene la valentía de las imágenes, dónde la gala de las expresiones, dónde la pompa de las cadencias? A pesar de su corrección, pureza, claridad y orden (que mejor se diría esclavitud gramatical), nada tiene del carácter épico, nada del número oratorio, por causa de sus vocales mudas, de sus sílabas mudas y sordas, de sus

términos mudos, sordos y mancos alguna vez, de sus terminaciones agrias, de sus monosílabos duros y de su arrastrada y atada construcción, que no admite las transposiciones del español, del italiano y del inglés. Véase qué redondas y sonoras palabras son éstas: *aieux*, abuelos; *pouls*, pulso; *œuf*, huevo; *eaux*, aguas; *airs*, aires, *flots*, olas u ondas; *lacs*, lagos; *nud*, desnudo; *ries*, riesgos; *cours*, cortes; *muet*, mudo; *soins*, cuidados; *poids*, peso; *milieu*, medio, y así de otras innumerables.

Además de la aspereza material de las palabras, está desnuda de las imitativas, que hacen tan exacta y viva la representación de los accidentes exteriores y movimientos de las cosas animadas e inanimadas; está pobre de voces compuestas, y por consiguiente carece de toda la energía y fuerza que comunican a la expresión las ideas complejas; carece de aumentativos y diminutivos, que bajo de un aspecto inverso modifican con tanta variedad y fina

gradación una misma idea general; padece también la escasez de verbos frecuentativos e incoativos, cuyas finezas enriquecen y agilitan tanto una lengua para señalar y expresar las ideas parciales y secundarias. Éstas sí que son *nuances* (por hablar en francés filosófico), de que carece esta lengua de los filósofos, y abunda con maravillosas diferencias y delicadezas la española. Por último, ¿qué diremos de la colocación tímida e infantil de las palabras (llámenlo los franceses orden natural), que andan como arreatadas unas tras otras? Y para que no se descaminen o desaten, han tenido la precaución sus gramáticos y padres de la lengua de afianzarlas con frecuentes ligaduras de pronombres, artículos y partículas que a toda oreja delicada han de ofender, y aun lastimar forzosamente, si ya no fuere la de aquel alemán que hallaba en nuestra lengua muy fuerte la pronunciación de *Maldonado* y de *Rodríguez*, y dulcísima la de *Musschenbroeck* y de *Schurtzfleisch*.

La riqueza de voces de la lengua francesa no es tanto caudal propio suyo, en que debe estar cifrado el ingenio de una nación en el modo de ver y sentir las cosas, cuanto un tesoro adventicio y casual del cultivo de las artes y ciencias naturales. Ésta será la razón por qué el vulgo en Francia no se explica con tanta afluencia de palabras, variedad de dichos y viveza de imágenes como el vulgo de España; ni sus poetas (porque en Poesía no se admite el vocabulario de los talleres y de los laboratorios) son comparables con los nuestros en la abundancia, energía y delicadeza de expresiones afectuosas y sublimes pinturas, que varían al infinito.

Me parece, pues, que debíamos distinguir dos lenguajes, o mejor, dos diccionarios: al uno llamaré *racional*, que incluye el *moral*, y es el peculiar de cada nación, y al otro, *científico* o *técnico*, que es común a todas cuando han de tratar unas mismas materias. Nuestra lengua, es verdad, no

está tan ejercitada como la francesa en los ramos de Astronomía, Física, Hidráulica, Metalurgia, Química, etc.; por consecuencia, será más escaso nuestro diccionario que el de aquella nación que haya hecho en estas facultades descubrimientos y adelantamientos nuevos. Pero esta escasez es una pobreza aparente de nuestra lengua, pues que el vocabulario científico y el filosófico no es francés, ni alemán, ni inglés: es griego o latino, o formado por la analogía de los idiomas vivos, de raíces, ya griegas, ya latinas, que cada nación forma o adopta cuando ha de escribir en aquellos géneros, conformando la terminación de las palabras advenedizas o recién refundidas, a la índole de su lengua propia.

La abundancia de la lengua francesa, comparándola con la española, no se ha de sacar de un término de relojería, mineralogía, tintura o peluquería, etc., ni de los que explican nuevas operaciones en artes que sólo conocemos por los artefactos que

compramos. Nuestra lengua admite estos términos siempre que carece de otros equivalentes, y su diccionario los adopta. Y cuando el uso los haya autorizado todos, y la necesidad connaturalizado, será señal de que no cederemos a los extranjeros en industria y aplicación.

La riqueza de nuestro diccionario usual y general nace del caudal propio de la lengua, caudal que no ha tomado prestado de otra vulgar ni puede prestarlo. Cuando el orador más elocuente de Francia se ve estrechado y reducido a distinguir con la voz vaga y general *chef* todas las especies de mando o presidencia de una persona sobre otras, un español iliterato y aun lego varía y dice: *caudillo, capitán, cabeza, cabo, caporal* y *jefe*, según las circunstancias y relaciones de modo, tiempo, cosas y personas. Así, pues, no dirá *el jefe del motín*, sino *la cabeza*; no *el jefe de una ronda* o *partida*, sino *el cabo*; no *el jefe del pueblo de Dios*, sino *el caudillo*, etc.; pero sí dirá:

el jefe de un departamento, de una oficina, etc.

Cuando el filósofo más profundo y exacto se halla reducido a expresar con la voz genérica *maître* todas las relaciones de mayoría o superioridad de una persona respecto de otras, un español, sin que sepa leer ni escribir, especifica todas estas diferencias, según el sentido recto e inmediato de sus respectivos correlativos, con las palabras *soberano, amo, dueño, señor, patrón, maestro* y *maestre*. ¿No fuera, por cierto, gran miseria de nuestra lengua si la simple voz *maestro* hubiese de significar, ya el *soberano* que nos gobierna, el *amo* que despide a su criado, el *dueño* de su casa o de su dama, ya el *Señor* del Universo, el *patrón* de un bajel, el *maestro* de escuela o de zapatería, el *maestre* de la Orden Teutónica o de Malta y, finalmente, hasta el ejecutor de la justicia (*le maître des hautes-œuvres*), como quien dice, el maestro de obras altas? Mayor miseria fuera si con la

simplicísima y balante voz *bois* (madera) hubiésemos de distinguir el *bosque*, el *monte*, la *leña*, el *leño*, la *madera*, el *madero*, el *palo*; y que, por un efecto de la claridad y exactitud, dijésemos *bois à bruler* (madera de quemar) para especificar la *leña*. Mayor pobreza fuera aún si por decir *biznietas* nos sirviésemos de este hermoso y elegante grupo de palabras: *arrière-petites-filles* (tras pequeñas hijas); si para hablar del *ganado vacuno* hubiésemos de apelar a la cornuda frase de *bêtes à corne* (bestias de cuerno), y no supiésemos que nuestra lengua, que aun en los objetos más bajos puede echar un velo de decencia, sabe traducir aquella frase diciendo *ganado de asta*. En fin, sería interminable querer seguir el paralelo: basta manifestar aquí, por última muestra, que una cosa tan común y conocida como la *pólvora*, la lengua francesa, temiendo confundir los polvos con que se envían hombres al otro mundo con los polvos de peluquero, ha de especificarla con

la frase *poudre à canon* (polvos de cañón); que esta otra voz tan común y tan antigua, *herradura*, la ha de pintar la lengua francesa con este lindo y sonoro rodeo: *fer à cheval* (hierro de caballo), aunque sea herradura de macho, mula, burro o buey. Ésta se llama lengua enérgica, precisa y rica.

Si de los vocablos simples y primitivos pasamos a los compuestos y derivados, ¡qué campo se nos abre, aún más ancho que el primero, para seguir la comparación! Me reduciré a solos dos ejemplos, y no serán de materias metafísicas ni ciencias abstractas. Los españoles, hasta jugando con los perros, como quien dice, han llegado a enriquecer su lengua de tantas maneras, que de la voz primitiva *perro* (en francés *chien*, y aquí acabó) han formado los derivados simples *perrito*, *perrillo*, *perrazo*, *perruno*, *perrero*, *perrera*, *perrería*, *perrada*, y después los derivados compuestos *aperreado*, *emperrado*.

¿Dónde tiene la lengua francesa las enér-

gicas voces compuestas *perniquebrado, maniatado*, etc., esto es, *à jambes rompues, lié aux mains*, como si dijésemos, con las piernas rotas, con las manos atadas? ¿Dónde tiene las palabras simples que expresan la acción o el efecto de esta acción, como *escopetazo, pincelada, puñetazo*, etc., que ha de pintar con golpes y más golpes: *coup de fusil, coup de pinceau, coup de poing*, etc., como quien dice, golpe de fusil, golpe de pincel, golpe de puño? Ésta se llama fuerza, concisión.

Si se toma la escasez por brevedad, seguramente no hay lengua más breve, porque en haciendo los escritores franceses (cuanto más modernos mejor) provisión de media docena de palabras auxiliares, vagas e indefinidas, salen de muchos apuros, eximiéndose de determinar y especificar todas las acepciones e ideas accesorias, ya en el sentido recto, ya en el figurado. Con las palabras favoritas *justesse, nuance, touchant, frapper, marche, rapport, sentiment, trait*

(que es acción, acto, rasgo, golpe), y la más favorita de todas, *esprit* (que vale tanto como alma, ánimo, talento, ingenio, agudeza, viveza, entendimiento, capacidad, penetración, mente, esencia, espíritu y un millón de cosas espirituales); con el auxilio de esta riqueza de su vocabulario filosófico salvan todas las dificultades metafísicas para la exacta expresión. Por esto creo yo que los libros franceses hacen discurrir tanto, porque el lector ha de ayudar a hacerles la obra a los autores, adivinando sus pensamientos.

La multitud de libros franceses que de treinta años acá han inundado todas nuestras provincias y ciudades, al paso que nos han ido comunicando las luces de las naciones cultas de Europa, y los adelantamientos que han recibido las artes, las buenas letras y las ciencias naturales, abstractas y filosóficas, de un siglo a esta parte, nos han también deslumbrado con su novedad y método, y más aún con la brillantez y limpieza

del estilo, que es todo del gusto de los autores, y no del genio y primor del idioma.

Esta, digámosla fascinación, ha cundido con tanto poder, que ha logrado resfriar el amor a nuestra propia lengua, cuya pureza y hermosura hemos manchado con voces bárbaras y espurias hasta desfigurar las formas de su construcción con locuciones exóticas, obscuras e insignificativas, disonantes y opuestas a la índole del castellano castizo. La comezón general por traducir sin elección, en algunos, y en los más la comezón por comer, que no sufre espera, junta con la impericia de casi todos los traductores que hasta hoy han querido hacerse instrumentos para comunicar al público la instrucción extranjera, son la principal causa de la lastimosa degeneración que en estos últimos años iba experimentando nuestra lengua, y la que me movió a formar la colección de los mejores autores castellanos del buen estilo, para atajar en lo posible el curso de tan general corrupción, aprove-

chándome yo el primero. Me abstengo de nombrar algunos exactos y elegantes traductores de nuestros días, para que sus nombres no ofendan la vanidad de los ignorantes, y su cortísimo número no haga más visible la bobería de los compradores de tanto libracho, librote y librete escrito en lengua franca. Si la Real Academia Española fuese un tribunal de justicia, así como es el santuario de las musas, debía haber multado a tales traductores jornaleros, confiscando tanto papel impreso, o mejor diríase puerco, pues así ha emporcado el terso y limpio lenguaje castellano.

Este mismo paralelo podría continuarse respecto a las demás lenguas vivas de Europa, si la brevedad de estas observaciones, que preceden a la presente colección en forma de un ligero ensayo o muestra de las galas de la castellana, permitiese extender esta idea hasta concluirla en todas las partes que podría abrazar. Y como, por otro lado, yo no poseo un cabal conocimiento de

los demás idiomas extraños, como lo tengo del francés, y aquéllos, por la poca familiaridad que tenemos con sus libros, en nada han influido para alterarnos nuestras costumbres y nacional lenguaje, me he ceñido a contraer la comparación al francés, cuyos ejemplos puede por sí comprender un mayor número de lectores, así nacionales como extranjeros; los cuales, siguiendo mi idea, podrán hacer fácilmente la aplicación a sus respectivos y peculiares idiomas, cuyo cultivo y uso en las escrituras públicas han sido posteriores a la perfección de la lengua castellana.

III

Si quisiera detenerme en el inglés actual, aunque se deriva de la antigua lengua teutónica, cuyo origen sajón empezó a corromperse hacia la mitad del siglo XII, y a tomar una forma más semejante al inglés de hoy, hallaría que Roberto de Gloucester, que flo-

recía en el siglo XIII, fué el primer autor que escribió en romance, y aun éste fué un lenguaje medio, que no era propiamente ni inglés ni sajón, y que en el siglo XIV Juan Mandeville escribía ya en idioma más inglés que sajón. Pero el primero que escribió en inglés puro es Juan Gower, el cual es reputado por el padre de su poesía vulgar. Forrescue, que compuso la mayor parte de sus obras después del año 1471, puede ser un testimonio del estado que tenía la lengua a fines del siglo XV. En tiempo de Enrique VIII la lengua inglesa estaba casi formada, como lo manifiesta Tomás Moro, bien que el autor más puro y célebre de aquel reinado fué el conde de Surrey, Barclayo, que escribía a mediados del siglo XVI, no tiene de anticuado más que su ortografía; mas la época en que se fija la entera formación de la lengua inglesa es el reinado de Isabel. Sin embargo de haberse conocido siempre un lenguaje nacional para el trato común y el uso popular, la lengua francesa,

desde Guillermo el Conquistador hasta el tiempo de Eduardo III, en 1362, había continuado por espacio de casi cuatro siglos siendo el idioma de la Corte, de los Tribunales y de los instrumentos diplomáticos; de donde proviene la gran copia de voces francesas que conserva aún la lengua inglesa en su estilo legal y forense. Colígrese de todo esto que el inglés puro actual aún no cuenta tres siglos de antigüedad, ni tampoco es lengua perfecta.

Si es menos pura y correcta que la francesa, también es más enérgica, flexible y rica, porque admite todas las transposiciones de la griega y latina, cuya libertad le da armonía para el estilo épico, y toma de las otras todas las voces de que carece, las que connaturaliza libremente. Los autores ingleses, con tal que expresen como quieren su pensamiento, no cuidan mucho de la perfección del lenguaje: recogen del latín, del francés, del italiano los términos que les parecen más propios para explicarse con más

fuerza y propiedad, y la lengua los adopta inmediatamente.

IV

De la melodiosa y rica lengua italiana mucho podríamos decir, si fuese este lugar de analizar su formación elemental, la mecánica estructura de sus palabras en sus dulces inflexiones y gratas terminaciones, que la hacen musical, y la metafísica acepción de sus expresiones en todos los sentidos imaginables. Podrá llevar alguna ventaja a la española en la suavidad y acento y en las licencias para el lenguaje poético; pero en cuanto a la gala, número, armonía y gravedad, seguramente está la superioridad a favor de la nuestra, y sobre todo por lo que respecta a su antigüedad. En todo el siglo XII y XIII los poetas italianos estuvieron incorporados al gremio de los trovadores provenzales, en cuya lengua componían. Las primeras obras que aseguraron

la inmortalidad a la lengua italiana fueron las del Dante, que escribía a fines del siglo XIII y principios del siguiente, y luego después las del Petrarca y Bocacio y de otros muchos escritores, que con la cultura de su estilo borrarón la memoria de tantos toscos y desaliñados autores que escribieron sin reglas ni principios de Gramática, cuyas producciones han perecido o yacen sepultadas en el polvo de los archivos.

Hasta principios del siglo XVI siguió la lengua sin observaciones ni preceptos para su perfección. Entonces se empezaron a examinar las obras de los más célebres escritores, y sobre sus ejemplos se vinieron a formar leyes y advertencias que, reduciendo, por decirlo así, la lengua italiana a sistema, la hiciesen siempre más bella, rica y correcta. Pero la lengua latina tenía tan fascinados en aquella época a los italianos, que sus autores, que no conocían erudición en lengua vulgar, llegaron a declararse enemigos de su idioma patrio; desgracia que tam-

bién padecimos en España en aquella edad, aunque no con tanto exceso. Algunos, como Rómulo Amaseo en 1529, osaron sostener que su lengua materna debía exterminarse de la república de las letras, y confinarse a las villas, mercados y tiendas, condenándola al uso de la plebe; y otros, como Angelio de Barga, llegaron a desear que se desterrase no sólo de los libros, escuelas y ciudades, mas aun del mundo.

A pesar de los esfuerzos de aquellos fatuos eruditos, la lengua se sostuvo, y fué ganando terreno de día en día con la ayuda de algunos escritores que salieron entonces a su defensa. El primero que se presentó a la palestra fué Juan Francisco Fortunio con sus *Reglas gramaticales de la Lengua vulgar*, impresas en Ancona en 1516. Después compareció Nicolao Liburnio con sus *Vulgares elegancias*, impresas en Venecia en 1521, en cuyo mismo año fué publicado el *Compendio de la Gramática vulgar*, de Marco Antonio. Pero todas estas obras pa-

rece que se eclipsaron luego que pareció la prosa del cardenal Bembo, que ya a fines de 1502 había empezado a escribir algunas observaciones sobre la lengua vulgar italiana, cuyos dos primeros libros acabó en 1512, mas no pudo darlos a luz hasta 1525. Esta obra, aunque posterior en tiempo en cuanto a su publicación, fué verdaderamente la primera que ilustró a la lengua italiana, pues sin embargo de no estar escrita con el método riguroso de los libros elementales, no sólo la limpió de la fealdad y grosería de los siglos pasados, sino que la pulió y hermoseó.

Este ejemplo del Bembo excitó a otros escritores a ilustrar su lengua materna con diversos tratados, diálogos y compendios gramaticales, que se publicaron sucesivamente en aquel siglo. Pero a quien debió más esta lengua, después de las disputas de varios campeones, fué al caballero Carlos Salviati, florentino, en sus *Advertencias y ampliaciones*, publicadas en 1586. Las re-

glas y preceptos gramaticales bastaban para escribir con corrección, mas no con elegancia. Así eran necesarios lexicones y vocabularios que recopilasen los elegantes modos de decir de los autores más dignos de imitación. El primero fué Lucilio Minervi en 1531, y Alberico Acarigio, que publicó en 1543 el vocabulario con la Gramática y Ortografía de la lengua vulgar. Pero se aventajó a todos Francisco Alumno cuando, en 1543, dió a luz las *Riquezas de la Lengua vulgar*, y en 1545 *La fábrica del mundo*, en la cual se comprenden las voces de los primeros tres padres del idioma italiano, dispuestas por orden de materias. A este autor siguieron otros que compusieron colecciones, tesoros y vocabularios de frases y de concordancias en diferentes épocas de aquel siglo. Además, el gran número de Academias que en el discurso de treinta años se fundaron en casi todas las ciudades de Italia, contribuyeron a cultivar y corregir la lengua, siendo la principal la florentina in-

titulada *de la Crusca*. Ésta, aunque fundada en 1582, no dió a la luz pública el primer tomo de su Diccionario hasta el año 1612. A pesar de haber tenido desde principios del siglo XVI la lengua italiana más fortuna que la castellana en orden al número y género de críticos, gramáticos y humanistas que la ilustraron con ejemplos y preceptos, es innegable que la nuestra fué formada y cultivada en prosa y en verso más de un siglo antes, cuyas composiciones, aunque sencillas y toscas, manifiestan una grande antigüedad.

V

Para hallar la legítima propiedad y primitiva significación de las palabras castellanas, no bastan el texto de los primeros autores y la autoridad de las públicas escrituras, puesto que su mayor antigüedad no pasa del siglo XIII: es necesario recurrir a la tradición verbal de los adagios o pro-

verbios, que deben reputarse generalmente por anteriores a toda prosa escrita. El marqués de Santillana, por mandado del rey D. Juan II de Castilla, formó una curiosa colección de estos adagios o refranes castellanos usados en aquella edad, los cuales venían ya por común y vulgar tradición de tiempo inmemorial, por cuya razón los intituló *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, como si dijera, que dicen las viejas junto a la lumbre. Sin duda son los primeros impresos, no sólo en lengua castellana, mas también en las demás vivas de Europa.

Es tanta la riqueza de nuestra lengua en este género, que ninguna otra de las vulgares puede juntar un número tan crecido de estas moralidades populares. Después del marqués de Santillana, hizo su recopilación de refranes castellanos el comendador griego Hernán Núñez, el Pinciano, a quien había comunicado muchos el erudito Juan Pérez de Castro. Siguiéronle otros colectores, como Pedro Vallés, verdadero autor del *Libro de*

refranès, impreso en Zaragoza en 1549; el Dr. Benito Arias Montano, en unos apun-
tamientos manuscritos que existen en la
Real Biblioteca del Escorial; Juan de Melo
Toledano, quien escribió *Siete centurias de
adagios castellanos*, que merecieron la apro-
bación de Ambrosio de Morales, mas no han
visto aún la luz pública; Blasco de Garay,
en sus dos *Cartas de refranes*, con las cua-
les andan juntas otras de incierto autor;
Juan de Malara, en su *Filosofía vulgar*; Juan
Sorapán de Rieros, su émulo, en su *Medi-
cina española*, contenida en proverbios vul-
gares. Además, ¿cuánto podría aumentarse
el tesoro de nuestros refranes si se añadie-
sen los muchos que se hallan sembrados en
los escritos de Cervantes, de Quevedo y de
otros festivos y chistosos ingenios?

VI

Desde principios del siglo XV se fué pu-
liendo la lengua castellana, haciéndose de

día en día más dulce y sonora, ya en las inflexiones, ya en las terminaciones nuevas que se introducían en muchísimos vocablos con la mudanza, supresión o adición de algunas letras; unas veces para conformarlos más a su etimología latina, y otras para facilitar y suavizar su pronunciación, lo cual se debe principalmente a los poetas, que buscaban el número, la suavidad y la cadencia.

En efecto, de la poesía podemos decir que nació la perfección de nuestra prosa en la parte mecánica del lenguaje (que no en la parte metafísica y corrección gramatical); porque en el tesoro poético hallaron los historiadores y oradores las locuciones elegantes, enérgicas y armoniosas para mover más fácilmente los afectos y describir con más impresión los acontecimientos. Seguramente Fr. Luis de León, Cervantes, Lope de Vega, Bartolomé Leonardo de Argensola y D. Antonio Solís no fueran tan sobresalientes en lo brillante y numeroso de su prosa

si no hubiesen cultivado al mismo tiempo la poesía.

VII

Sin embargo, no bastara para la perfección de nuestra lengua haber perdido la rusticidad y dureza de sus voces, si no las hubieran multiplicado y variado los modos de decir. Éstos los adquirió en grandísimo número, breves, sentenciosos y llenos de viveza y donaire, y nada opuestos a la dignidad de su carácter. Pero la calidad más esencial a la perfección de la lengua, aun cuando careciere de la feliz combinación de sílabas suaves y sonoras, de la melodía de su acentuación y de su fina variedad para modificar maravillosamente todas las ideas abstractas y sentimientos, es aquella peculiar libertad de la construcción con que huye de las repeticiones y monotonía, sin violentar su índole, y aquella rapidez y concisión de la frase, desembarazada de articu-

los, pronombres, partículas y otros accidentes gramaticales que volverían muy pesada la oración castellana, sin darle más claridad.

De este modo la lengua española, sin quebrantar sus leyes, junta a la armonía mecánica de sus dicciones la del estilo, que no es lo mismo: admirable calidad y singular excelencia que la hace la menos tímida y uniforme de todas las vulgares y la más apta para traducir la precisión y gravedad de la latina. Así, pues, si fuere posible que Salustio, Tácito y Séneca hablasen alguna vez en buen romance, sería en español. La lengua está formada; los traductores creo que son los que no han nacido.

VIII

Esta lengua, cuya gala, primores y riquezas debe al propio ingenio, luces y esfuerzo de cada escritor en particular, y de ningún modo a los áridos gramáticos y retóricos de

la nación, había subido en el siglo XVI a un grado tan alto de hermosura y majestad, que pudo venir a hacerse universal, según la estimación que se granjeaba en todos los países extranjeros, si los españoles hubiesen sabido hacer trato y mercancia de los frutos de su talento.

El universal aprecio y lugar que mereció nuestra lengua en el siglo XVI en toda Europa (aunque en éste no ha merecido un artículo en la Enciclopedia), lo testifica el autor del *Diálogo de las Lenguas* (1), que escribía en el reinado de Carlos V, y lo publicó el erudito D. Gregorio Mayáns en sus *Orígenes de la Lengua castellana*, cuando dice «que ya en Italia, así entre damas como entre caballeros, se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano». Joseph Escaligero, escribiendo a Isaac Casaubon des-

(1) Véanse las importantes noticias que acerca de este *Diálogo* escribió y publicó en la *Revista Hispano-Americana* el ilustrado señor marqués de Pidal. — M. B.

de Leiden por los años 1604, le dice que había enriquecido el lexicon de Antonio de Nebrija con más de dos mil vocablos, y añade: «Y con todo eso me parece he hecho nada siempre que leo libros españoles. Es tanta la abundancia de aquel lenguaje, que cuanto más aprendo en él, tanto más se van ofreciendo cosas que sin maestro nunca las aprenderé.»

Los autores del *Año Literario*, que se publica todas las semanas en París, en el juicio que forman (núm. 2, de 31 de enero de este año de 1786) del discurso de M. Riva-roles sobre *La universalidad de la Lengua francesa*, que ganó el premio de la Academia de Berlín en 1784, se explican con estas palabras: «El autor ha presentado su asunto de la manera más brillante y más ventajosa: es un francés que habla de su nación, y que lisonjea muy poco el amor propio de las demás. Dibuja muy superficialmente los retratos de las naciones más distinguidas de la Europa, y se esmera en descubrir las cau-

sas políticas y literarias que han impedido que sus lenguas no hayan logrado el honor de ser universales, que se ha dado a la nuestra. Tal vez se le acusará de haber callado la gloria de que gozaron ciertas lenguas, aun en Francia, antes de que la nuestra se hubiese perfeccionado. Yo no veo que hubiera perdido el interés de su causa en confesar que el italiano y el español formaban en otro tiempo parte de la educación francesa, y que hasta en tiempo de Corneille toda nuestra literatura era todavía española.»

Así hablan los extranjeros desapasionados si quieren tener presente que el famoso Antonio Pérez, según refiere en una de sus cartas al rey Enrique IV de Francia, había sido elegido para enseñarle la lengua española, que tanto estimaba aquel monarca. Bien claramente manifiestan otras de sus cartas cuán general era la afición que reinaba en Francia y en Inglaterra a nuestra lengua en aquellos tiempos, pues en ellas se nombran varios príncipes y señores que la

cultivaban y se deleitaban con la lectura de los escritos de aquel singular y desgraciado ingenio. Tampoco pueden ignorar que el célebre Miguel de Cervantes fué asimismo convidado con muy ventajosos partidos para ir a París a enseñar la lengua española, proponiendo sus propias obras por modelos de lenguaje. Aún menos pueden ignorar el grandísimo número de libros españoles publicados en los reinados de Felipe II y Felipe III, que fueron en aquellos tiempos traducidos en francés. Presente tendrán aquel juicio y paralelo que hizo el emperador Carlos V entre las lenguas que conoció en su tiempo y poseía, cuando dijo que el inglés era lengua para hablar con los pájaros; el alemán, con los caballos; el francés, con los hombres; el italiano, con las damas, y el español, para hablar con Dios. El que escribió que la lengua española era «pura como el oro y sonora como la plata», francés era, en Francia escribía y todavía vive, y a fe que no se puede tachar de parcial a nues-

tras cosas. M. D'Alambert ha dicho en sus *Opúsculos de Literatura*, analizando la armonía de las lenguas: «Una lengua abundante en vocales, y sobre todo en vocales dulces, como la italiana, sería la más suave de todas, pero no la más armoniosa; porque la armonía, para ser agradable, no debe sólo ser suave, sino variada. Una lengua que tuviere, como la española, la feliz mezcla de vocales y consonantes dulces y sonoras, sería quizá la más armoniosa de todas las modernas.»

IX

A pesar de estas excelentes calidades y feliz formación de tan rica, dulce y majestuosa lengua, hubo un tiempo en que fué en algún modo desdeñada de nuestros mismos patricios. En efecto, muchos de los escritores que debían cultivarla, pulirla e ilustrarla, y hacerla más conocida y general por medio de sus plumas, formaron en el si-

glo XVI un género de pundonor en desterrar de sus obras el idioma materno, por no ser tenidos por autores romancistas. Sin razón alguna lo abandonaban, pues ya en el tiempo en que la vanidad escolástica lo menospreciaba, eran sus galas y atavios dignos de hermohear y vestir a cualquiera producción del ingenio humano. De este desprecio ya se lamentaba en tiempo de Carlos V el autor del *Diálogo de las Lenguas*, ya citado, cuando dice: «Todos los hombres somos obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en libros...
Preg. ¿Acaso el Bembo perdió su tiempo en el libro que hizo sobre la lengua toscana? ¿No tenéis por tan elegante y gentil la lengua castellana como la toscana? *Resp.* Sí, la tengo, pero también la tengo por más vulgar, porque veo que la toscana está ilustrada y enriquecida por un Bocacio y un Petrarca, los cuales, siendo buenos letrados,

no solamente se preciaron de escribir buenas cosas, pero procuraron de escribirlas con estilo muy propio y muy elegante. Y, como sabéis, la lengua castellana nunca ha tenido quien escriba en ella con tanto cuidado y miramiento quanto sería menester. *Preg.* Quanto más conocéis eso, tanto más os debriades avergonzar vosotros, que por vuestra negligencia hayáis dejado y dejéis perder una lengua tan noble, tan entera, tan gentil y tan abundante. »

Que esta desgracia padeciese entonces nuestra hermosísima lengua, lo atestiguan varios sabios y celosos patricios de aquel siglo, que se lamentaron de tan vituperable abandono e ingratitud. Hernán Pérez de Oliva, que sabía bien el latín y el griego, condolido del menosprecio que padecía su lengua, se empeñó en escribir todas sus obras varias en romance, para hacer común su doctrina; empresa muy laudable en su tiempo.

El maestro Ambrosio de Morales, sobrino

del mismo Oliva, cuyas obras dió a luz en Córdoba en 1585, en el *Discurso sobre la Lengua castellana* que imprimió al principio de ellas, se queja amargamente del descuido e injuria que hasta entonces había sufrido la lengua, cuando los italianos se habían preciado de cultivar tanto la suya. «No hay ahora—dice—hombre docto en Italia que no se ocupe en esclarecer su lengua con escrituras graves y de mucha substancia, y aprenden el griego y el latín para tener llaves con que puedan abrir los tesoros de entrambas, y enriquecer su vulgar con tales despojos. Por esto me duelo yo siempre de la mala suerte de nuestra lengua castellana, que siendo igual con todas las buenas en abundancia, en propiedad, variedad y lindeza, y haciendo en algo desto a muchas ventaja, por culpa o negligencia de nuestros naturales está tan olvidada y tenuta en poco, que ha perdido mucho de su valor; y aun pudiérase esto sufrir o disimular si no hubiera venido a tanto menosprecio, que basta ser

un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada. Para mí es un pesar el descuido que los españoles tenemos en esta parte, de no preciarnos de nuestra lengua, y así honrarla y enriquecerla, antes tratarla con menosprecio y vituperio... Pues ¿qué los otros, que todo lo tienen en castellano por afectado? Éstos quieren condenar nuestra lengua a un extraño abatimiento y como enterrarla viva donde miserablemente se corrompa y pierda todo su lustre y hermosura, o desconfiar que no es para parecer, y ésta es ignorancia, o no la quieren adornar como deben, y ésta es maldad...

»La causa verdadera de no acertar a decir bien ni diferenciar lo bien dicho en castellano, está principalmente en no aplicarle el arte de la elocuencia, en lo que ella enseña mejor del habla, no para propiedad, que ésta el uso la muestra, sino para la elegancia y la fineza donde no llega el uso, y el arte puede mucho suplir el defecto. Junto con esto, faltan en nuestra lengua bue-

nos ejemplos del buen hablar en los libros, que es la mayor ayuda que puede haber para perfeccionarse un lenguaje; y donde falta el arte, la imitación con los buenos dechados alcanza mucho... ¿Quién no entiende que es gran pobreza que casi no ha habido en España hasta ahora alguna buena escritura cuyo estilo o género de decir pudiese uno seguirlo para enmendar su habla con seguridad que, cuando lo hubiese sacado bien al natural, habría mejorado su lenguaje? ¿Quién podría señalar muchos libros castellanos con confianza que, leídos e imitados, se alcanzaría perfección, o señalada o conocida, mejoría en el uso de nuestra lengua?... Y si alguno me preguntase la causa por qué, habiendo habido siempre en España, y señaladamente en nuestro tiempo, singulares ingenios, y muchos de ellos bien empleados en las letras y ejercitados en el arte del bien decir, siempre ha quedado nuestra lengua en la miseria y con la pobreza que antes tenía, sin

que alguno la haya socorrido con alguna buena escritura, yo le respondería, con pensar que acertaba, que todo nace del gran menosprecio en que nuestros mismos naturales tienen nuestra lengua, por lo cual ni se aficionan a ella ni se aplican a ayudarla.

»Y no me parece sin duda que hasta ahora les ha faltado a los hombres doctos en España excusa de este su desamor o descuido, por estar la lengua castellana tan abatida y sujeta a servir en tan viles usos, que tenían razón de desesperar que podría levantarse a cosas mejores y de mucha dignidad, cuales eran las en que ellos quisieran ocuparla. No se escribía en castellano sino o sucios amores o fábulas vanas. ¿Quién había de osar encomendarle mejores materias? ¿Quién no había de temer que obscurecía su obra la bajeza del castellano, si en ella escribía? Así, en nuestra lengua, por verla tan mal empleada, no había quien se atreviese a servirse de ella... Menester fué que algunos venciesen este

temor, lo menospreciasen y diesen a entender a los demás con su ejemplo cómo habían de librar nuestra lengua de la miserable servidumbre en que viles hombres la tenían, no rehusando de hacer lo que hombres sabios ya hacían. De éstos ha ya habido algunos en nuestro tiempo que con escribir en castellano cosas de buena doctrina, adornándolas con el cuidado del bien decir, han abierto la puerta a todos los españoles doctos, para que de aquí adelante, estimando en mucho nuestra lengua, que ven ya mejor inclinada y capaz de todo adrezo de elocuencia, todos sin miedo se le entreguen, y en breve llegue a ser tan copiosa y galana como puede, si no le faltan sus naturales.»

Luego entra Ambrosio de Morales a nombrar con elogio todos los autores de buen estilo y lenguaje que hasta su tiempo habían publicado algunos escritos, entre los cuales hace mención de Hernando del Pulgar, de Pedro Mejía, de Florián de Ocam-

po, de Alejo Venegas, de Francisco Cervantes de Salazar, del maestro Oliva y Luis Mejía, y últimamente de Fr. Luis de Granada, de quienes traslado en este teatro muy lindos y exquisitos fragmentos de elocuente composición. Yo admiro que no hubiese colocado en el número de estos escogidos escritores al bachiller De la Torre, en su *Visión deleitable*; a Fernán Pérez de Guzmán, en sus *Generaciones y semblanzas*; a Mosén Diego de Valera, en sus dos cartas al rey D. Juan II y en su *Tratado de providencia contra fortuna*; al Dr. Juan López de Palacios Rubios, en su *Tratado del esfuerzo bélico heroico*; al célebre obispo Fr. D. Antonio de Guevara, en su *Reloj de príncipes*, en el *Menosprecio de la Corte* y en sus *Cartas*; al bachiller Rúa, en sus *Cartas censorias*; al Dr. Villalobos, en sus *Problemas naturales y morales*; a D. Luis de Ávila, en su *Comentario de la guerra de Alemania por Carlos V*, ni al venerable maestro Ávila, tan digno de ocupar el pri-

mer lugar en el catálogo de los autores sobresalientes; lo que me hace creer que lo escribió antes del año 1579, que fué la época de las primeras impresiones de algunos escritos de aquel piadoso y elocuente varón.

De cualquier manera, siempre prueban las quejas de Ambrosio de Morales que nuestra lengua patria estuvo desdeñada generalmente entre nosotros hasta mediados del siglo XVI, y que por fortuna la salvaron de su última ruina y abandono los autores que acabo de citar más arriba; quienes son, sin duda, los únicos que en orden a la propiedad y pureza del lenguaje se podían citar por dechados. A la verdad, cuánto fuese el desprecio con que se miraron hasta pasada la mitad de aquel siglo los escritos serios en *romance*, el sabio y elocuente Fr. Luis de León, juntando su lamento con el de Ambrosio de Morales en la introducción al tercer libro de los *Nombres de Cristo*, que reimprimió en 1585 con la adición de este nuevo libro, exclama

contra los que reclamaron o se escandalizaron que escribiese asunto tan grave en idioma vulgar, y dice de esta suerte: «Unos se maravillan que un teólogo, de quien, como ellos dicen, esperaban algunos grandes tratados, llenos de profundas cuestiones, haya salido a la fin con un libro en romance... Otros hay que no los han querido leer porque están en su lengua, y dicen que si estuvieran en latín los leyeran... Es engaño común tener por fácil y de poca estima todo lo que se escribe en romance, que ha nacido de lo mal que usamos de nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin ser, o de lo poco que entendemos della, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia: que lo uno es vicio y lo otro engaño, y todo ello falta nuestra, y no la de la lengua ni de los que se esfuerzan a poner en ella todo lo grave y precioso que en alguna de las otras se halla. Así que no piensen, porque ven romance, que es de poca estima lo que se dice; mas al revés,

viendo lo que se dice, juzguen que puede ser de mucha estima lo que se escribe en romance, y no desprecien por la lengua las cosas, sino por ellas estimen la lengua... A los que dicen que no leen aquestos mis libros por estar en romance, y que en latin los leyeran, les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen lo que si estuviera en otra tuvieran por bueno. Y no sé yo de dónde les nace el estar con ella tan mal, que ni ella lo merece, ni ellos saben tanto la latina que no sepan más de la suya, por poco que de ella sepan, como de hecho saben della poquísimo muchos... Y si dicen que es novedad (mi estilo), yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen a tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasa-

dos, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas; y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, a las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes.»

Hernando de Herrera, que escribía por aquellos tiempos, en sus comentarios al poeta Garcilaso, dice, sobre el abuso de haber desterrado por anticuadas algunas expresiones y dicciones sin darles equivalente: «Por nuestra ignorancia habemos estrechado los términos extendidos de nuestra lengua; de suerte que ninguna es más corta y menesterosa que ella, siendo la más abundante y rica de las que viven ahora. Porque la rudeza y poco entendimiento de muchos la han reducido a extrema pobreza, excusando por delicado gusto, siendo muy ajenos del buen conocimiento, las dicciones puras, propias y elegantes. Los italianos, hombres de juicio y erudición y amigos de ilustrar su lengua, ningún vocablo dejan de admitir, sino los torpes y rústicos; mas nos-

otros olvidamos los nuestros, nacidos en la ciudad, en la corte, en las casas de los hombres sabios, por parecer solamente religiosos en el lenguaje; y padecemos pobreza en tanta riqueza y en tanta abundancia.»

En aquel mismo tiempo escribía Miguel de Cervantes en su prólogo a *La Galatea* la necesidad que había del estudio de la poesía para aprovechar en el buen lenguaje, cuando dice: «No puede negarse que los estudios de esta facultad traen consigo más que medianos provechos, como son enriquecerse el poeta considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas más altas y de mayor importancia, y abrir camino para que, a su imitación, los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tiene campo abierto fácil y espacioso, por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia pueden correr con liber-

tad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra, de lo cual puedo ser yo cierto testigo...»

Del contexto de este modo de explicarse Cervantes se colige que ya empezaba entonces a lucir la riqueza de nuestra lengua manejada por ingenios de buen gusto, que se sacudían de los reparos de los mezquinos críticos que no aprobaban el nuevo pulimento y abundancia que recibía el idioma de la fecundidad y valentía de los escritores modernos, mas no de los tratados o artes que hasta entonces se hubiesen escrito ni estudiado para aprender y conocer las reglas, la pureza, la propiedad y la índole de tan preciosa lengua; porque, hablando con verdad, carecía la nación de una Gramática vulgar que fijase sus preceptos, re-

duciendo a un sistema lo que la analogía, el capricho o el uso habían establecido.

Esta necesidad bien la conoció un siglo antes el restaurador de las letras en España, Antonio de Nebrija, cuando de orden de D. Fernando el Católico escribió en 1492 su *Arte de Gramática castellana* para enseñar a las infantas de Castilla, en cuyo prólogo, dedicado a la reina D.^a Isabel, dice estas palabras: «Acordé ante todas las otras cosas reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano, para lo que agora y de aquí adelante se escribiere pueda quedar en un tenor o extenderse en toda la duración de los tiempos que están por venir, como vemos que se ha hecho en la lengua griega e latina; las cuales, por haber estado debajo del arte, aunque por ellas han pasado muchos siglos, todavía quedan en una uniformidad. Porque si otro tanto en nuestra lengua no se hace como en aquéllas, en vano vuestros cronistas y estoriadores escriben e encomiendan a inmortalidad la memoria de vues-

tros loables fechos.» Pero este socorro fué muy escaso para que sirviese de verdadero norte y método a los escritores cultos y exactos de la lengua. Y aunque en 1568 el maestro Juan de Miranda escribió otra Gramática española más completa en idioma italiano, para instruir por ella a los venecianos y otros naturales de Italia, dedicada al duque de Urbino, no llenó la falta que se padecía de un arte metódico y claro que fijase los verdaderos principios de la lengua, no con la sequedad y desaliño de unos rudimentos, sino con la profundidad y orden de un tratado elemental.

En 1606 publicó el eruditísimo y celoso español Bernardo de Aldrete, canónigo que fué de la santa iglesia de Córdoba, el *Libro del origen de la Lengua castellana*, dedicado a Felipe III; y en prueba de que en su tiempo se conocía la misma necesidad que en el siglo antecedente sobre el ningún estudio que se hacía para hablar bien la lengua materna, tratando de las escuelas que tenía la antigua

Roma, dice: «Pero como ella las tenía, pudiera muy bien haberlas en nuestra España de la lengua castellana, por falta de las cuales son muy pocos los que la hablan bien, y menos los que la saben con perfección, y éstos muy a la vejez y con doblado trabajo, que no tuvieran si pequeños la estudiaran. Porque sin duda tengo por cierto lo que le pareció a Quintiliano: que tiene una diversa naturaleza el hablar común y vulgar, otra el razonamiento y discurso del hombre elocuente.»

Vino después el maestro Bartolomé Jiménez Patón, y publicó en 1621 unas breves instituciones de Gramática española, de cuya aridez, obscuridad y desorden muy poco fruto se podía esperar, reduciéndolo todo a una sucinta noticia de las partes de la oración y sus accidentes. Tampoco remedió esta falta el maestro Gonzalo Correas, catedrático de griego y lenguas orientales en Salamanca, en su *Compendio de Gramática castellana*, que incluyó en su *Trilingüe*,

impreso en 1627 (1). Pero ésta sólo fué un breve resumen de la que había escrito Antonio de Nebrija, sin el orden y distribución que exige una Gramática metódica, que funde sobre un sistema invariable las reglas fijas de la índole y uso peculiar de un idioma.

No es la aridez e inexactitud de las artes

(1) Verdad es que el *Arte de la Gramática de la Lengua castellana*, por Correas, adjunto a los de las lenguas latina y griega, no remedió la falta de una Gramática metódica que fijase completamente las reglas del bien hablar y escribir en castellano; pero también lo es que no fué éste entonces el propósito de su autor, sino únicamente dar a luz un compendio para las escuelas de niños, donde se contuvieran los puntos principales, como así lo expresa en la dedicatoria al señor rey D. Felipe IV, y lo acredita además el haber compuesto después la Gramática más extensa que ofrece en aquélla, de la cual, si bien no llegó a imprimirse, circulan copias entre los curiosos. De cualquier modo, no puede negarse que el maestro Correas dió mucha luz para escribir una Gramática filosófica, suministrando ideas interesantes que no alcanzaron sus antecesores, incluso el docto Antonio de Nebrija. — M. B.

gramaticales la única desgracia que ha padecido el cultivo de la lengua castellana; la falta de un Diccionario completo, correcto y bien trabajado ha sido aún más notable y sensible. Todos los Diccionarios que se conocían antes de la publicación del de la Real Academia Española eran muy pobres y escasos de voces, incluso el de Antonio de Nebrija, impreso en Salamanca en 1492, a pesar de sus posteriores adiciones; el de Alonso de Palencia, publicado en Sevilla en 1490; el *Vocabulario eclesiástico*, de Rodrigo Hernando de Santa-Ella, también en Sevilla en 1529, y el *Tesoro de la Lengua castellana*, que compiló Sebastián de Covarrubias Orozco, y publicó en 1619; «donde — dice Quevedo en su *Cuento de cuentos* — el papel es más que la razón: obra grande y de erudición desaliñada». Sin embargo, aunque incompleto y diminuto, siempre será una obra apreciable por su caudal etimológico, con que ilustra el origen y significación de las palabras.

X

Es tanta la riqueza de nuestra lengua, que cuanto más se estudia, más da que estudiar; y cuanto más se profundiza, más tesoros descubre. El Diccionario mismo de la Real Academia, sin embargo de ser el más copioso y trabajado con mayor método y exactitud que hasta ahora ha publicado ningún otro Cuerpo literario sobre la lengua general y usual de una nación, en cada nueva edición tiene que recibir suplementos de muchas voces autorizadas en los libros y escritos públicos, que se habían escapado a la diligencia de los primeros investigadores, y de otras de nueva adopción que el uso ha canonizado, y la analogía debe formar para que las prohije la lengua, pues de ella misma nacen.

Así, pues, nadie extrañe si no hallare en este Diccionario ciertas palabras conocidas; no hablo de las facultativas y artísticas, sino

de las comunes y usuales, que son del caudal y casta de la lengua hablada, las unas y las otras del uso y propiedad de la lengua escrita y del estilo grave. En efecto, en aquella obra, que es menor que la materia (y creo lo será siempre para mayor gloria nuestra de tener una lengua que no la puedan comprender los Diccionarios), he echado de menos, aunque recorrida ligeramente por mi curiosidad, algunas palabras que me atrevo a presentar a la luz y censura públicas, como son: *ahuecador, almacenaje, amarguero* (espárrago), *amarillento, apelluzcado, arrabalera, arrequesonado*; — *baronal, bayetón, borrasquero*; — *cabreriza, cadencioso, cagalitroso, camero* (colchón), *capitalista, cargamento, carromatero, carruajero, caserio, caserón, casolero, coscarse, cavilosidad*; — *desarbolo, desarme, desbarajustado, desempaquetar, deslinde, desparpajo, despezuñar, destalonar, destronque, dichero, diluviar*; — *edificante, empernar, especiar, espejero, esquebrajar, estimu-*

lante, estrechón, estrepitoso, examinando, extremoso;— fardelería, fletador, fogonazo, fonda (hostería), fondero, fondeadero, fontanil, forastería, formante, frontil;— gachonería, galicado, generalizar, gimotear;— habitantes, hombría, hombrada, hormigueo, huesarrón;— inyectar;— mancornar, maquina, marítimar, marinero (navío), marejada, mecanismo, modelar, moreral, moruno, mocero;— pellejudo, pellejón;— refilón, reidero, represa (de un navío), ridiculizar, risotada;— terrizo;— vaquetear;— zandial; etc.

También eché de menos otras palabras de un uso muy general y frecuente en los escritos públicos de varias materias; por ejemplo : faltan las voces *abonaré* (un), *beligerante, belicosidad, bibliografía, bibliomanía, bilingüe;— episcopado* (que es la dignidad, y no el territorio), *estacional;— federativo, fiscalía, fiscalidad, foliatura;— galicismo, glosario;— habilitado* (oficial);— *interventor;— legación, legislativo;— ma-*

gistratura, materialismo, metalurgia; — observativo, obtentor, ocasional; — patriótico, patriotismo, proyectista, providenciar, protestantismo, publicista, purista, purismo, puritano; — rigorista; — territorial; — silábico, supremacia; etc.

Además, ¿cuántas voces tiene la lengua hablada que no se hallan en la escrita? ¿Cuántas se gradúan de *familiares* porque no se hallan en escritos serios, aunque sean las más propias y enérgicas? ¿Cuántas se califican de *bajas*, que no son sino claras y graciosas? ¿Cuántas se llaman *anticuadas*, que son y deben ser de todos tiempos? Yo creo que una lengua debe trabajar más en adquirir que en desechar, lo adquirido, consistiendo su mayor grandeza y adelantamiento en su mayor abundancia: una lengua viva es un cuerpo inmortal, que siempre crece sin tasa y sin medida, siguiendo los progresos del entendimiento humano; un permanente nivel y equilibrio lo mantiene la Naturaleza en el mar, que todo el caudal

que recibe de los ríos lo despide después por evaporación; la elevación del Océano anegaría la tierra, mas la superabundancia de una lengua nos facilitaría la verdadera expresión de todos nuestros conceptos y afectos. ¿Cuántas voces podrían haberse incorporado en el Diccionario general de la lengua, que se desdeñan por la sola nota de provinciales, siendo muchas de ellas de una incomparable viveza y fuerza? Soy de sentir que si se quiere aumentar nuestro Diccionario, sobre todo de voces frecuentativas, imitativas, aumentativas y diminutivas, es necesario recurrir al lenguaje no escrito de nuestras provincias meridionales, donde las ideas generales, por la mayor delicadeza, volubilidad y calor de la fantasía de sus moradores, se han subdividido y modificado en un mayor número de ideas secundarias o relaciones parciales; y por consecuencia, de estas modificaciones de cada idea principal ha nacido tanta diversidad de palabras derivadas, simples y compuestas, que

por no leerse en graves autores, que pudieron muy bien ignorarlas, quedan tildadas como caprichosos signos de la habla común de las provincias. Podría yo presentar aquí muchos ejemplos, si no temiera dilatarme más de lo que permite la estrechez de estas observaciones.

Los que creen que nuestra lengua nacional está circunscrita toda en los libros y en los diccionarios, y no quieren comprender en su inmenso caudal igualmente la lengua no escrita, exclaman que carecemos de voces para las artes. Pregúntenselo al labrador, al hortelano, al artesano, al arquitecto, al marino, al náutico, al músico, al pintor, al pastor, etc., y hallarán un género nuevo de vocabularios castellanos que no andan impresos, y que no por esto dejan de ser muy propios, muy castizos y muy necesarios de recopilarse y ordenarse, para no haber de mendigar todos los días de los idiomas extranjeros lo que tenemos, sin conocerlo, en el propio nuestro. Adonde éste no

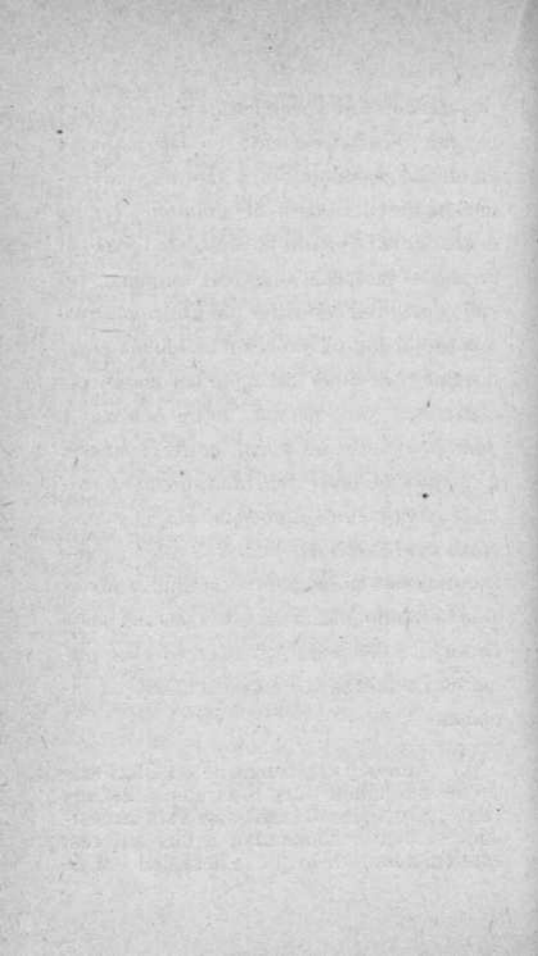
alcance, adóptense voces nuevas en hora buena.

La experiencia diaria nos enseña que más necesidad hay de estos vocabularios técnicos y peculiares de artes y ciencias, que no puede abrazar el Diccionario general de la lengua, que del anticuado de la *germania* que publicó Juan Hidalgo en 1609, como si ésta fuese una lengua fundada en principios fijos y reglas invariables, que pudiese transmitirse de siglo en siglo. Esta *germania* o jerigonza gitana es propiamente un lenguaje rufanesco, inventado por los llamados antes de ahora *gitanos* (raza de bohemianos vagabundos avecindada en España), con el fin de no ser entendidos de los demás habitantes en sus ardides, trampas y malas artes. Así, toda la riqueza de su lengua consiste en voces de Justicia, prisiones y castigos, como cosas que más temían y que merecían más, y en términos significativos de embustes, raterías, fugas, latrocinios y otras maldades de que pendía su

subsistencia no menos que su independencia. De ahí habrá venido que la letra de sus cantares siempre es lamentable y llorosa, y los tonos son de una ternura triste y clamorosa: todo propio de ánimos sobresaltados y afligidos, que temían persecución o sufrían servidumbre u oprobio. Muchos de los vocablos de la germanía son inventados por capricho, sin conexión alguna con el castellano; otros son tomados de esta lengua, trocadas las sílabas; otros son enteros y claros, pero mudada su primera y natural acepción; y otros son palabras anticuadas, sin contar algunas adoptadas de varias provincias, como propio lenguaje de gente vaga y colecticia. Pero esta jerigonza se ha mudado casi cada diez años, cuyo trastorno dictabañ la necesidad y el miedo. Así es que el vocabulario escrito de la germanía, hoy no es entendido de ningún individuo de estas familias, aun de los más ancianos: experiencia que he practicado por mí mismo.

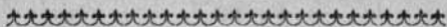
Carecemos de vocabularios técnicos para escribir facultativamente en las materias científicas, económicas y fabriles; carecemos de un Diccionario de *sinónimos* (1), es decir, del Diccionario filosófico de todas las finezas y modificaciones del lenguaje, sin cuyo auxilio es imposible dar principios fijos a la propiedad y corrección de idioma alguno. Pues sin saber distinguir las diferencias específicas, por ejemplo, entre *belicoso* y *guerrero*, entre *fiel* y *leal*, entre *clemencia* y *compasión*; entre *felicidad*, *dicha*, *fortuna* y *suerte*; entre *alabanza*, *elogio* y *loor*; entre *siervo*, *esclavo* y *cautivo*, etc., ¿cómo escribiremos nunca con exactitud y precisión? Cuando poseamos estos tesoros y una Gramática elemental, conoceremos los primores y riquezas que encierra la lengua española.

(1) Aun hoy carecemos de un Diccionario de *sinónimos*, pues los trabajos hechos con el propósito de satisfacer esta necesidad, si bien recomiendan a sus autores, están distantes de lo que se necesita.—*M. B.*



FORMACIÓN DE LA LENGUA CASTELLANA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS



FORMACIÓN DE LA LENGUA CASTELLANA

En la formación de una lengua se deben tener presentes tres cosas: la etimología de las voces, su material composición, y su significación.

I

ETIMOLOGÍA

Es tan clara la filiación inmediata que guarda nuestra lengua de la latina, que sin contar las palabras corrompidas y alteradas en su inflexión o terminación, sólo con las que se han conservado íntegras, algunos eruditos han logrado sacar, ya en prosa, ya en verso, diversas composiciones perfectamente bilingües.

Ejemplos de vocablos integros en su estructura y terminación. — 1.º En el singular, los substantivos *pena, planta, sol, dolor, etc.*, tomados del nominativo latino; *arte, mente, ánimo, modo, etc.*, tomados del ablativo. — 2.º En el plural, *penas, plantas, ánimos, modos*, sacados del acusativo, y *artes, mentes, soles, dolores*, del nominativo. Además hay otros nombres substantivos que sólo son latinos en el plural; como *oraciones, cuestiones, raciones, voces, etc.*, sacados del nominativo. Otras varias voces, como los pronombres recíprocos (1) *me, te, se, nos, vos*, y las partículas conjuntivas y adverbiales *tanto, cuanto, cuando*, son enteramente latinas.

Los adjetivos enteramente latinos en las terminaciones de número y de género son innumerables. En el singular, los masculinos y neutros se sacan del ablativo; como

(1) No hallamos exacta esta denominación. — *M. B.*

molesto, eterno, activo, etc.; y los femeninos, del nominativo; como *molesta, eterna, activa*. En el plural se toman unos y otros del acusativo, como *molestos, molestas*, etc., excepto en los neutros, cuyo género no distinguen las lenguas vulgares en las terminaciones del plural. Son enteramente latinos los adjetivos acabados en *e*, y se toman del ablativo en el singular; como *leve, impune*, etc.; y en el plural se sacan del acusativo: *leves, impunes*. Otros adjetivos sólo son latinos en el plural; tales son *dóciles, útiles, viles*, que tienen el singular múmero, como *dócil, útil, vil*. Son enteramente latinos los participios activos en el singular tomados del ablativo; como *amante, indolente, demente*, etc., y en el plural tomados del nominativo; como *amantes, indolentes*, etc.

Ejemplos de voces casi enteramente latinas.—Las que mudan la *x* final en *z*; como de *vox*, voz; de *pax*, paz; de *fælix*, feliz; etc. Las mumberas; como de *crinis*, crin; de *finis*, fin; de *panis*, pan; de *villis*, vil; etc. Las

aumentadas; como de *quiete*, quietud; de *ape*, abeja; etc.

Raíces latinas.—De *hac hora*, agora y ahora; de *hoc anno*, hogaño; de *tam magno*, tamaño; de *quare*, car; de *aliunde*, allende; de *foras*, fuera; de *curro*, carro; de *flos*, flor; de *opera*, obra; de *aratro*, arado; etc. Sin contar las que se han adoptado enteramente latinas, como *ornato*, *indemne*, *conteste*, *concorde*, etc., sacadas del ablativo; y otras tomadas del nominativo, como *gravamen*, *examen*, etc.

I. CORRUPCIÓN DE LAS RAÍCES LATINAS.—
ALTERACIONES EN LAS VOCALES (1).—

(1) La substitución de unas letras por otras tuvo efecto mediante la afinidad de sonidos, sin perjuicio de las demás circunstancias que influyen en esta mudanza. Se ve, pues, cuán general fué la de una por otra en las vocales guturales *a*, *o*, *u*, y asimismo en las paladares (paladiales) *e*, *i*. Acerca de este asunto, y aplicando sus observaciones no sólo a las vocales, sino a las con-

1.º Mudanza de la *i* en *é*; v. gr.: de *infirmo*, enfermo; de *pilo*, pelo; de *sicco*, seco; de *nigro*, negro; de *vices*, veces; de *lingua*, lengua; de *timor*, temor; de *vicino*, vecino; etc.

2.º Mudanza de la *e* en *i*; v. gr.: de *equali*, igual; de *cella*, cilla; de *seculo*, siglo; de *miscuo*, mezclo; etc.

3.º Mudanza de la *u* en *o*; v. gr.: de *musca*, mosca; de *unda*, onda; de *luto*, lodo; de *bucca*, boca; de *cursu*, corso; de *succursu*, socorro; etc.

sonantes, de que hablaremos después, dice el entendido portugués Duarte Nunes de Liaõ, en su obra intitulada *Origem e orthographia da Lingua portugueza*, pág. 213, lo siguiente :

«As letras entre si tem hūas com as outras muita semelhança e afinidade, e por tanto facilmente se corrompem e mudaõ humas em outras, naõ soamente de hūa lingoa a outra, mas em hūa mesma lingoa. Polo que teendo noticia desta semelhança e mudança, que fazem de hūas em outras, facilmente viremos dar com a origem dos vocabulos corruptos. O que muito serue para saber a propriedade das palavras, e verdadeira scriptura dellas.» — *M. B.*

4.º Mudanza de la *a* en *e*; como de *caseo*, queso; de *tractu*, trecho; de *facto*, fecho; de *lacte*, leche; etc.

5.º Mudanza de la *o* en *e*; como de *fronte*, frente; de *formosa*, hermosa; etc.

6.º Mudanza de la *o* en *u*; como de *locus*, lugar; de *cooprire*, cubrir; de *coluber*, culebra; etc.

7.º El diptongo *au* convertido en simple *o*; como de *laudare*, loar; de *auro*, oro; de *mauro*, moro; de *tauro*, toro; de *paucos*, poco; de *pauper*, pobre; de *cauli*, col; etcétera.

8.º La simple *o* convertida en diptongo en *ue*; como de *fonte*, fuente; de *sorte*, suerte; de *solo*, suelo; de *porta*, puerta; de *cornu*, cuerno; de *corpore*, cuerpo; de *collo*, cuello; de *molle*, muelle; etc.

9.º La *e* sencilla mudada en diptongo en *ie*; como de *terra*, tierra; de *mellis*, miel; de *metu*, miedo; de *certo*, cierto; de *ferro*, fierro; de *tempore*, tiempo; de *heremo*, hiermo; etc.

II. ALTERACIONES EN LAS CONSONANTES (1).—1.º La *f* convertida en *h*; como de *folia*, hoja; de *fato*, hado; de *fava*, haba; de *farina*, harina; de *felle*, hiel; de *filo*, hilo; de *furto*, hurto; etc.

2.º La *p* convertida en *b*; como de *caput*, cabo, cabeza; de *lupo*, lobo; de *sapere*, saber; de *rippa*, riba; de *apprire*, abrir; de *vi-*

(1) Las observaciones que hemos hecho en la nota al párrafo anterior son aplicables a éste, y la clasificación de las consonantes, basada en la mayor intervención de determinados órganos para emitir las, será un auxiliar poderoso en orden a estudiar y conocer el hecho de la substitución de unas por otras. Pero debe tenerse presente que algunas de las consonantes no representaron siempre la misma articulación; así, por ejemplo, la *j*, que pronunciamos gutural fuerte en la palabra *ajo*, tenía antes el valor dental de la *yota* (*J*), derivada de la *iota* o *I* vocal de los griegos y antiguos latinos, y lo mismo sucedía en la palabra *hijo*, donde la *h* era gutural fuerte, pronunciándose, de consiguiente, *jiyo*, aunque parecida la *y* en aquel y en este caso a la *j* francesa de las palabras *joli*, *Jullien* y sus análogas.—*M. B.*

pera, vibora; de *lepore*, liebre; de *tepido*, tibio; de *populare*, poblar; etc.

3.º La *c* convertida en *g*; como de *acuto*, agudo; de *secure*, segur; de *ficu*, higo; de *lacu*, lago; de *locusta*, langosta; de *macro*, magro; de *ceco*, ciego; de *tritico*, trigo; etc.

4.º La *q* mudada en *g*; como de *aquila*, águila; de *equa*, yegua; de *aqua*, agua; de *antiquo*, antiguo; etc.

5.º La *l* mudada en *j*; como de *allio*, ajo; de *cuniculo*, conejo; de *speculo*, espejo; de *occulo*, ojo; de *tegula*, teja; de *milio*, mijo; etc.

6.º La *g* mudada en *y*; como de *gelu*, yelo; de *genere*, yerno; de *gypso*, yeso; etc.

7.º La *f* mudada en *d*; como de *pater*, padre; de *natare*, nadar; de *catena*, cadena; de *sitis*, sed; de *vita*, vida; de *rotare*, rodar; etc.

8.º La *s* mudada en *x* (pronunciación gutural tomada de los árabes) (1); como de

(1) Al mudarse la «dulce y delicada *s*

siringa, xeringa; de *roseo*, roxo; de *succo*,

latina» en *x* no representó esta letra la pronunciación de la *j* de hoy, que Antonio de Nebrija, y con él otros varios escritores, creyeron recibimos de los árabes, sino un sonido dental, que el maestro Gonzalo Correas dice era el mismo que el de la *xi* griega; así que, aun cuando más fuerte que el de la *s*, no lo era tanto que no permitiese la substitución de la una letra por la otra, la cual substitución vemos en muchas palabras de nuestro idioma. Acerca de este punto dice el erudito D. Antonio Puigblanch, en la página XCIV del prólogo de sus *Opúsculos gramático-satíricos*, lo que sigue:

«La pronunciación del *xa* en *xabón* era (hasta el período que comprenden los años de 1640 a 1660) como la del *cha* en *chapeau* (palabra francesa).»

Y en la página siguiente:

«El valor de la *x*, como de letra dental, está consignado en el *Quijote*, en una palabra italiana y en otra arábica, presentadas como tales, en los cuales dos idiomas el sonido a que corresponde es dental, y no gutural; de consiguiente, Cervantes pronunciaba el nombre *Quixote* como le pronuncian hoy los franceses, excepto que daba todo el valor de vocal propia a la *e* final y no se apoyaba tanto sobre la segunda sílaba.»

Acerca del modo como llegó la *x* a repre-

xugo; de *sapo*, xabón; de *semis*, xeme; de *Setabis*, Xátiba; de *Sucro*, Xúcar, de *Salo*, Xalón; etc.

1.º *Consonantes dobles mudadas en sencillas.* — La *gn* convertida en *ñ*; como de *signo*, seña, señal; de *ligno*, leño; de *dedignare*, desdeñar; de *pugno*, puño; de *aragnea*, araña; etc.—Las dos *nn* mudadas en *ñ*; como de *cunnea*, cuña; de *anno*, año; de *panno*, paño; de *canna*, caña; de *cannabi*, cáñamo; etc. — La *mn* mudada en *ñ*; como

sentar articulación gutural, y de si esta articulación fué o no debida a los árabes, dice el mismo Sr. Puigblanch en el prospecto de su obra intitulada *Observaciones sobre el origen y genio de la Lengua castellana*, páginas 13 y 14, lo que sigue:

«Demuéstrase con cuanta evidencia pueda desearse que la mudanza del antiguo sonido dental de las dos consonantes *j* y *x*, que es el de la *j* y de la *ch* francesas en gutural (entiéndase lo de la *x* según la ortografía que se ha usado antes que se introdujese la actual, por la que en lugar de ella se escribe *j*), y de la *z* rechinante grecolatina, en la que llamamos ceceosa o balbuciente, no se verificó en el castellano hasta

de *damno*, daño; de *somno*, sueño; de *scamno*, escaño; de *autumno*, otoño; etc.

2.º *Letras dobles mudadas en otras.* —

La *ct* mudada en *ch*; como de *pectore*, pecho; de *dicto*, dicho; de *ductu*, ducho; de *lucta*, lucha; de *lectu*, lecho; de *octo*, ocho; etc. —

La *pl* mudada en *ll*; como de *planctu*, llanto; de *plano*, llano; de *pluvia*, lluvia; de *pleno*, lleno; de *clave*, llave; etc.

3.º *Terminaciones latinas suavizadas.* —

Las terminaciones en *er* mudadas en *re* o

fines del siglo XVI o poco antes, ni se hizo común en él hasta muy entrado el siglo XVII, cuando ya no había africanos en España, y no desde un principio y con motivo de la invasión de éstos, como creen nuestros escritores; con lo cual está dicho que si hoy fuera posible oír pronunciar el castellano a los grandes literatos y a los famosos capitanes del siglo en que la España llegó a la cumbre de su gloria, nos habrían de parecer extranjeros, sin exceptuar de los literatos ni al mismo Cervantes ni a Lope de Vega. Investigase la causa de este extraordinario fenómeno, la cual no fué el roce con los árabes, según de lo dicho es fácil colegir, sino otra que señala el autor,» — *M. B.*

ro; como de *semper*, siempre; de *liber*, libro; de *uber*, ubre; de *pauper*, pobre; de *aer*, aire; etc. — Las terminaciones en *x* mudadas en *z* o en *y*; como de *nux*, nuez; de *pix*, pez; de *lux*, luz; etc.; de *grex*, grey; de *lex*, ley; de *rex*, rey; etc. — Las terminaciones en *r* mudadas en *l*; como de *carcer*, cárcel; de *arbor*, árbol; de *marmor*, mármol; etc.

4.º *Supresión de consonantes dobles.* — Las dobles *cc* en *c* sencilla; como de *succo*, suco; de *bucca*, boca; de *mucco*, moco; de *vacca*, vaca; de *sacco*, saco; de *peccato*, pecado; etc. — Las dobles *ll* en simple *l*; como de *illuso*, iluso; de *pollitus*, pulido; de *colloquio*, coloquio; etc. — Las dobles *pp* en simple *p*; como de *puppi*, popa; de *supplicare*, suplicar; de *applicare*, aplicar; etc. — Las dobles *tt* mudadas en simple *t*; como de *at-testare*, atestar; de *attenuare*, atenuar; etc. — La *ct* mudada en sola *t*; como de *respectu*, respeto; de *mactare*, matar; de *tractare*, tratar; de *delictu*, delito; etc.

5.º *Supresión de vocales.* — La rapidez

de la pronunciación para facilitar aún más la articulación de ciertas palabras, dió motivo a omitir algunas vocales de las dicciones latinas; como de *mobilis*, mueble; de *nobilis*, noble; de *tabula*, tabla; de *littera*, letra; de *copula*, copla; de *diabolo*, diablo; de *stabulo*, establo; de *regula*, regla; de *laborare*, labrar; etc.

6.º *Supresión de sílabas.* — Para facilitar más la velocidad en la articulación de algunas voces se suprimen sílabas enteras; como de *sigillo*, sello; de *seculo*, siglo; de *computare*, contar; de *audire*, oír; de *magis*, más; de *hodie*, hoy; de *regina*, reina; de *vagina*, vaina; de *comedere*, comer; etc.

7.º *Supresión de consonantes sencillas.* — La experiencia y el ejercicio fueron con el tiempo volviendo más suave y flúida la pronunciación de ciertas voces latinas, suprimiéndolas alguna letra que detenía la velocidad de la articulación; como de *cadere*, caer; de *credere*, creer; de *fidelis*, fiel; de *judex*, juez; de *radio*, rayo; de *crudelis*,

cruel, suprimiendo la *d*; o bien, de *cepto*, seto; de *ceptro*, cetro, suprimiendo la *p*; o bien, de *legere*, leer; de *lignia*, línea; de *magistro*, maestro; de *sagitta*, saeta, suprimiendo la *g*; etc.

8.º *Aumento de sílabas.* — Hay otras palabras latinas a cuyos derivados, que adoptó la lengua castellana, añadióse alguna sílaba que las hace más numerosas; como de *cor*, corazón; de *viro*, varón; de *avo*, abuelo; de *herede*, heredero; de *spe*, esperanza (1); de *vero*, verdadero; etc.

Raíces godas.—El romance castellano, al paso que se formó de la corrupción de la lengua latina, conservó siempre algunas voces de origen godo, entre las cuales se cuentan las siguientes: *azar*, *bagaje*, *balón*,

(1) Las palabras latinas que empiezan con *s* líquida, al pasar a la lengua castellana, o perdieron esta letra o tomaron una *e* antes de ella; vióse, pues, que la palabra *scientia* se convirtió en *ciencia* y la *spe* en *esperanza*. — *M. B.*

balcón, bando, banco, banquete, barra, batalla, batel, batir, blanco, bibac, blasón, bosque, bota, brosa, briza, calma, cama, capa, cofia, compañero, compás, copa, daga, danza, dique, drape, droga, embarazar, esgrima, estufa, flecha, flota, frasco, forro, fracaso, gabela, gallardo, ganar, galán, garrá, gris, gordo, guerra, guante, guarda, haca, harenque, harpa, harnés, lacayo, malla, mancha, marca, palafren, parque, perla, raza, rascar, rata, rico, riesgo, ruar, rueca, sala, salario, traza, taza, taluz, teneria, tripa, tropa, trompa, trovar, vasallo, etc. De éstas, la mayor parte son comunes también al francés y al italiauo.

Raices arábigas. — Las voces que el trato de los moros introdujo en la lengua castellana pasan de quinientas, según han observado algunos críticos, como son: *acemite, aceite, adarve, adalid, alcoba, alcuza, aldaba, alfiler, alquiler, almibar, etc.; badana, berengena, baba, etc.; cahiz, candil,*

capuz, confite, etc.; escofina, espinaca, etc.; garrama, galápago, etc.; hanega, halda, harambel, etc.; javalí, jaez, etc.; laúd, limón, etc.; madroño, mazacole, mazmorra, etc.; naipe, nebli, etc.; orozuz, ojaladre, etc.; pandero, pegujar, perejil, etc.; quilate, quizá, etc.; rabel, rambla, rehenes, etc.; tabique, tahall, telliz, torongil, etcétera; vanda, vigornia, etc.; jarifo, jáquimo, jarabe, jácara, jaqueca, etc.; zagal, zaque, zalea, zambra, etc. Entre éstas no se cuentan los nombres de edificios públicos, sitios, lugares y ríos; tales son: *alcázar*, palacio; *alcántara*, puente; *alcazaba*, fortaleza; *alhama*, junta o congregación; *algecira*, isla; *alcalá*, torre, *alhambra*, castillo colorado; *almenara*, torre de ahumadas o de señales; *alpujarra*, tierra de guerreros; *Gibraltar*, monte de Tarik; *guadalquivir*, río grande; *guadalimar*, río colorado; *guadalaviar*, río blanco; *guadalajara*, río de las peñas; etc.; y así de otros muchísimos que se leen en la topografía de Espa-

ña, y en especial de todos los que empiezan con *gibra*, que es sierra; con *medina*, que es ciudad, y con *guada*, que es río.

Es de advertir que muchas voces arábigas adoptadas en nuestra lengua han perdido con la sucesión del tiempo el artículo que por aposición formaba su primera sílaba; así, *alcantarilla* se ha convertido en *cantarilla*; *axaqueca*, en *jaqueca*; *azequia*, en *cequia*; *anoria*, en *noria*; *atahona*, en *tahona*; *atambor*, en *tambor*, etc.

Palabras lemosinas. — Como el castellano, el francés y el toscano son tres dialectos del latín, que se corrompió casi en un mismo siglo, no es de maravillar que conforme se retroceda más a la primera formación de cada una, se halle mayor afinidad entre las tres lenguas, como más cercanas en sus principios a su común origen, sin que se pueda asegurar que la una tomase de la otra. La diferencia principal que se nota es en las inflexiones y terminacio-

nes que cada una de las tres naciones iba dando a los vocablos al tiempo de romanpearlos, quedando en una más suaves, en otra más ásperos, en una más breves y en otra más largos. Por ejemplo, de la voz latina *civitate*, el castellano formó *cibdat*, el lemosino *ciotat* y el toscano *città*; de la otra voz *pavore*, el primero formó *paor*, el segundo *peur* y el tercero *paura*; de la otra voz *facere*, el primero formó *facer*, el segundo *faire* y el tercero *fare*; de la otra voz *caput*, el primero formó *cabo*, el segundo *cap* y el tercero *capo*; y así de otras a este tenor.

Si se siguiera un riguroso cotejo entre el castellano del *Poema del Cid*, que pertenece al siglo XII, la versión del *Fuero Juzgo*, que es de incierto tiempo, y las composiciones del monje Berceo, que florecía a principios del XIII, se podría formar un largo vocabulario trilingüe casi perfecto. Me reduciré por ahora a una breve nomenclatura, en confirmación de mis observacio-

nes, entresacada de las referidas obras' Como bajo de la denominación general de *lemosino* entiendo no sólo el francés, sino el catalán, lenguaje hoy provincial, usado en el principado de Cataluña, y por comunicación en los reinos de Valencia y de Mallorca, incluidas Menorca e Ibiza, haré la comparación del castellano anticuado con ambas lenguas sucesivamente.

CASTELLANO Y FRANCÉS

Castellano antiguo.	Francés.	Castellano moderno.
aontar.....	<i>ahonter</i>	afrentar.
après.....	<i>après</i>	después.
ardido.....	<i>hardi</i>	atrevido.
argent.....	<i>argent</i>	plata.
asemblar....	<i>assembler</i>	congregar.
attender....	<i>attendre</i>	aguardar.
bastir.....	<i>bâtir</i>	edificar.
bel.....	<i>bel</i>	bello.
car.....	<i>car</i>	porque.
conquerir....	<i>conquérir</i>	conquistar.
corsero.....	<i>coursier</i>	corredor.

Castellano antiguo.	Francés.	Castellano moderno.
costumne....	<i>coutume</i>	costumbre.
cuén.....	<i>cuens</i> (ant)..	conde.
cuér.....	<i>cuér</i>	corazón.
desperir.....	<i>depérir</i>	aniquilarse.
domage.....	<i>dommage</i>	daño.
doncas.....	{ <i>doncques</i> (an- ticuado)... }	pues.
emenda.....	<i>émende</i>	{ indemniza- ción.
endurar.....	<i>endurer</i>	sufrir.
environ.....	<i>environ</i>	alrededor.
estui.....	<i>étui</i>!	estuche.
fender.....	<i>fendre</i>	hender.
flume.....	<i>flume</i>	río.
fuert.....	<i>fort</i>	mucho.
far.....	<i>faire</i>	hacer.
garzon.....	<i>garçon</i>	muchacho.
guarir.....	<i>guérir</i>	sanar.
largo.....	<i>large</i>	ancho.
maison.....	<i>maison</i>	casa.
maslo.....	<i>masle</i> (ant)..	macho.
magüer.....	<i>malgré</i>	a pesar de.
menar.....	<i>mener</i>	conducir.
mester.....	<i>mestier</i> (ant).	oficio.
meter.....	<i>metre</i>	poner.

Castellano antiguo.	Francés.	Castellano moderno.
moton.....	<i>mouton</i>	carnero.
nul.....	<i>nul</i>	ninguno.
nue.....	<i>nue</i>	nube.
nuef.....	<i>neuf</i>	nueve.
onta.....	<i>honte</i>	afrenta.
orage.....	<i>orage</i>	huracán.
paon.....	<i>paon</i>	pavo.
plus.....	<i>plus</i>	más.
pozon.....	<i>poison</i>	ponzoña.
prender.....	<i>prendre</i>	tomar.
ren.....	<i>rien</i>	nada.
revenir.....	<i>revenir</i>	volver.
rivera.....	<i>rivière</i>	arroyo.
rendir.....	<i>rendre</i>	volver.
rua.....	<i>rue</i>	calle.
sage.....	<i>sage</i>	sabio.
sieclo.....	<i>siècle</i>	siglo.
sinal.....	<i>signal</i>	señal.
tirar.....	<i>tirer</i>	sacar.
voluntier....	<i>volontiers</i> ...	gustoso.

CASTELLANO Y CATALÁN

Castellano antiguo.	Catalán.	Castellano moderno.
fartar.....	<i>afartar</i>	hartar.
afer.....	<i>afer</i>	negocio.
altra.....	<i>altra</i>	otra.
almosna.....	<i>almoina</i>	limosna.
annel.....	<i>añell</i>	cordero.
antiga.....	<i>antiga</i>	antigua.
aturar.....	<i>aturar</i>	detener.
bagasa.....	<i>bagasa</i>	ramera.
baraia.....	<i>baralla</i>	contienda.
basca.....	<i>basca</i>	congoja.
bateiar.....	<i>batejar</i>	bautizar.
beneito.....	<i>beneit</i>	bendito.
betume.....	<i>betum</i>	betún.
breçuelo.....	<i>breçol</i>	cuna.
budel... ..	<i>budell</i>	tripa.
burgés.....	<i>burgés</i>	villano.
cal.....	<i>cal</i>	conviene.
casum.....	<i>casum</i>	cada uno.
camba.....	<i>cama</i>	pierna.
celero.....	<i>celler</i>	bodega.
coitar.....	<i>cuitar</i>	apresurarse.
confrería... ..	<i>confraria</i>	cofradía.

Castellano antiguo.	Catalán.	Castellano moderno.
conorte.....	<i>conort</i>	consuelo.
cor.....	<i>cor</i>	corazón.
cor (De).....	<i>de cor</i>	de memoria.
corda.....	<i>corda</i>	cuerda.
croza.....	<i>croza</i>	báculo.
crua.....	<i>crua</i>	cruda.
deesa.....	<i>deesa</i>	diosa.
deius.....	<i>dejus</i>	debajo.
desfer.....	<i>desfer</i>	deshacer.
devant.....	<i>devant</i>	delante.
dita.....	<i>dita</i>	dicha (Cosa).
donna.....	<i>dona</i>	dueña.
encarir.....	<i>encarir</i>	encarecer.
encenso.....	<i>encens</i>	incienso.
enveia.....	<i>enveja</i>	envidia.
fellon.....	<i>felló</i>	airado.
fer.....	<i>fer</i>	hacer.
ferir.....	<i>ferir</i>	herir.
figa.....	<i>figa</i>	higo.
finiestra.....	<i>finestra</i>	ventana.
flama.....	<i>flama</i>	llama.
fol.....	<i>foll</i>	loco.
fora.....	<i>fora</i>	fuera.
forado.....	<i>forat</i>	agujero.
fugir.....	<i>fugir</i>	huir.

Castellano antiguo.	Catalán.	Castellano moderno.
gelada.....	<i>gelada</i>	helada.
genoio.....	<i>genoll</i>	rodilla.
gola.....	<i>gola</i>	gula.
goria.....	<i>gorja</i>	garganta.
guarnir.....	<i>guarnir</i>	guarnecer.
janero.....	<i>janer</i>	enero.
junir.....	<i>juñir</i>	juntar.
ledánia.....	<i>lledania</i>	letanía.
lexar.....	<i>lexar</i>	dejar.
lorer.....	<i>llorer</i>	laurel.
loguer.....	<i>loguer</i>	alquiler.
madrona....	<i>madrona</i>	matrona.
maia.....	<i>mallá</i>	{ cierta mone- da.
malantía....	<i>malaltia</i>	enfermedad.
malastrugo. .	<i>malastruc</i> (ant.).....	{ desventura- do.
malmeter....	<i>malmetre</i>	{ echar a per- der.
maravella....	<i>maravella</i> ...	maravilla.
matinada....	<i>matinada</i>	madrugada.
meatat.....	<i>meitat</i>	mitad.
mege.....	<i>metge</i>	médico.
mercadal. . .	<i>mercadal</i>	{ plaza de mer- cado.

Castellano antiguo.	Catalán.	Castellano moderno.
mestre.....	<i>mestre.....</i>	maestro.
mesura.....	<i>mesura.....</i>	medida.
miraclo.....	<i>miracle.....</i>	milagro.
mission.....	<i>messió.....</i>	dispendio.
molsa.....	<i>molsa.....</i>	cosa blanda.
nova.....	<i>nova.....</i>	nueva.
nodrir.....	<i>nodrir.....</i>	alimentar.
oblidar.....	<i>oblidar.....</i>	olvidar.
ostal.....	<i>ostal.....</i>	mesón.
padir.....	<i>patir.....</i>	padecer.
paraula.....	<i>paraula.....</i>	palabra.
paor.....	<i>paor.....</i>	miedo.
plorar.....	<i>plorar.....</i>	llorar.
pregaria.....	<i>pregaria.....</i>	plegaria.
prego.....	<i>preg.....</i>	súplica.
pudor.....	<i>pudor.....</i>	hedor.
pluia.....	<i>pluja.....</i>	lluvia.
presentaia..	<i>presentalla..</i>	presente, don
puis.....	<i>puis.....</i>	pues.
quant.....	<i>quant.....</i>	cuando.
qui.....	<i>qui.....</i>	quien.
regaió.....	<i>regall.....</i>	arroyuelo.
regnar.....	<i>regnar.....</i>	reinar.
renda.....	<i>renda.....</i>	renta.
rependirse...	<i>repenedirse..</i>	arrepentirse.

Castellano antiguo.	Catalán.	Castellano moderno.
res.....	<i>res</i>	algo.
riba.....	<i>riba</i>	orilla, ribera.
romeo.....	<i>romeu</i>	peregrino.
rosinol.....	<i>rosiñol</i>	ruiseñor.
sabieza.....	<i>sabiesa</i>	sabiduría.
sen.....	<i>seny</i>	juicio, seso.
senes.....	<i>sens</i>	sin.
socarrar.....	<i>socarrar</i>	requemar.
suor.....	<i>suor</i>	sudor.
taula.....	<i>taula</i>	tabla.
toller.....	<i>tolre</i>	quitar.
tornar.....	<i>tornar</i>	volver.
trovar.....	<i>trovar</i>	hallar.
vegada.....	<i>vegada</i>	vez.
verga.....	<i>verga</i>	vara.
vesperada..	<i>vesprada</i> ...	tarde (La).
volta.....	<i>volta</i>	vuelta.

CASTELLANO Y TOSCANO

Castellano antiguo.	Toscano.	Castellano moderno.
adiesor.....	<i>adesso</i>	ahora.
allora.....	<i>all'ora</i>	entonces.
altro.....	<i>altro</i>	otro.

Castellano antiguo.	Toscano.	Castellano moderno.
assás.....	<i>assai</i>	bastante.
avezar.....	<i>avvezzare</i>	acostumbrar.
basso, sa....	<i>baso, sa</i>	bajo, ja.
cativo, va....	<i>cativo, va</i>	infeliz.
contrada....	<i>contrada</i> ...	país, comarca
corpo.....	<i>corpo</i>	cuerpo.
donna.....	<i>donna</i>	mujer.
descapellado.	<i>discapellato</i> .	destocado.
dolce.....	<i>dolce</i>	dulce.
equal.....	<i>equale</i>	igual.
facienda....	<i>facenda</i>	labor, trabajo
fame.....	<i>fame</i>	hambre.
fontana....	<i>fontana</i>	fuentes.
gradir.....	<i>gradire</i>	agradecer.
labro.....	<i>labro</i>	labio.
luengo, ga...	<i>lungo, ga</i>	largo, ga.
morto.....	<i>morto</i>	muerto.
nome.....	<i>nome</i>	nombre.
odir.....	<i>udire</i>	oir.
onda.....	<i>onda</i>	ola y onda.
parar miente.	{ <i>parar mente</i> } { (ant.)..... }	atender.
prego.....	<i>prego</i>	suplico.
quiscadun. . .	{ <i>quiscadun</i> } { (ant.)..... }	cada uno.

Castellano antiguo.	Toscano.	Castellano moderno.
riso.....	<i>riso</i>	risa.
sospiro.....	<i>sospiro</i>	suspiro.
sotil.....	<i>sotile</i>	sutil.
suo.....	<i>suo</i>	suyo.
tornar.....	<i>tornare</i>	volver.
tiesta.....	<i>testa</i>	cabeza.
toste.....	<i>tosto</i>	presto.
tremar.....	<i>tremare</i>	temblar.
tuo.....	<i>tuo</i>	tuyo.

En esta nomenclatura no he comprendido las palabras de origen céltico y arábigo que están incorporadas en los tres idiomas; como batalla, *bataille*, *bataglia*; guerra, *guerre*, *guerra*; tropa, *troupe*, *truppa*, etc.; aduana, *douane*, *dogana*; almirante, *amiral*, *amiraglio*, etc.

ANTIGUO LENGUAJE COMPARADO CON EL MODERNO

Notable es la mudanza que ha experimentado nuestra lengua desde principios del siglo XVI en la estructura material de

las palabras, limando y suavizando sucesivamente las inflexiones y desinencias broncas y duras, cuya áspera pronunciación se deja colegir de la escabrosa ortografía que subsistió por espacio de más de tres siglos. Esta mudanza se ha obrado unas veces suprimiendo letras, otras añadiéndolas; unas convirtiendo las dobles en sencillas, y otras trocando no sólo las letras, sino las sílabas, como lo demostraré en los ejemplos siguientes :

1.º Han perdido su dura pronunciación las siguientes voces, por supresión de letras consonantes; como *algund*, algún; *dubda*, duda; *cobdicia*, codicia; *cobdo*, codo; *grand*, grande; *tracto*, trato; *escripto*, escrito; *mill*, mil; *cient*, cien; *sant*, san; etc.

2.º Otras por mudanza de consonante en vocal; como *debda*, deuda; *cibdad*, ciudad; *cabdillo*, caudillo; *recabdar*, recaudar; *capdal*, caudal; etc.

3.º Otras por supresión de consonantes dobles; como *pielles*, pieles; *colloquio*, colo-

quío; *allegato*, alegato; *desseo*, deseo; *assomar*, asomar; *summo*, sumo; *cómodo*, cómodo; *annual*, anual; *supplicar*, suplicar; *apparato*, aparato; etc. Sin embargo, otras palabras antiguas, por sí suaves con la simple consonante, la doblaron después; tales son: *vassato*, vasallo; *camelo*, camello; *fallar*, hallar; *lano*, llano; *lamar*, llamar; *levar*, llevar; etc.

4.º Otras convirtiendo la doble consonante en dos de sonidos diferentes, uno nasal y otro labial; como *immortal*, inmortal; *immutable*, inmutable; etc.

5.º Otras por mudanza de una consonante en otra; como *triumfo*, triunfo; *nimfa*, ninfa; *asumto*, asunto; *essemto*, exento; *regnar*, reinar; *temprar*, templar; *tiniebra*, tiniebla; etc.

6.º Otras mudando la consonante final en otra más suave; como *beltat*, beldad; *egualtat*, igualdad; o bien suavizando esta terminación con la adición de una vocal; como *cort*, corte; *delant*, delante; *infant*,

infante; *fiz*, hizo; *Ferrant*, Ferrando y Fernando; etc.

7.º Otras añadiendo consonantes en la terminación de algunos monosílabos; como *so*, soy; *do*, doy; *vo*, voy; etc.; y otras veces en medio de dicción; como *amos*, ambos; *home*, hombre; *comigo*, conmigo; etc.

8.º Otras convirtiendo la doble *s* en *x*; como *dessar*, dexar; *bassa*, baxa; *bassel*, baxel; *disso*, dixo; etc.; y asimismo la doble *n* en *ñ*; como *danno*, daño; *anno*, año; *senna*, seña; *sennor*, señor; etc.

9.º Otras mudando una consonante en otra, como generalmente la *f* inicial en *h*; tales son: *fambre*, hambre; *facer*, hacer; *figuera*, higuera; *foja*, hoja; *furto*, hurto; etc. Asimismo mudando la *i* consonante en *ll*; como *maraviia*, maravilla; *bataia*, batalla; *maia*, malla; etc. Generalmente la *i* consonante, para herir con más fuerza en la vocal, se convirtió en *j*; así se ve en estas palabras: *oio*, ojo; *conseio*, consejo; *castilleio*, castillejo; etc.

10.º Otras, ya añadiendo, ya suprimien-

do, ya trocando las preposiciones. Del primer caso son *cometer*, por acometer; *contecer*, por acontecer; *semejar*, por asemejar; *raygar*, por arraigar; *consejar*, por aconsejar; *caecer*, por acaecer; y así se escribía *caso*, por acaso; etc. Del segundo caso son éstas: *alimpiar*, por limpiar; *atapar*, por tapar; *amatar*, por matar; *advenidero*, por venidero; *ayuntar*, por juntar; *aventaja*, por ventaja; *atal*, por tal; *atan*, por tan; etc. Del tercer caso son estas otras: *adiablado*, por endiablado; *asennorar*, por enseñorear; *encorporar*, por incorporar; *espedir*, por despedir; *deprender*, por aprender; *estajo*, por destajo; *estinto*, por instinto; *espertar*, por despertar; *emprenta*, por imprenta; etc.

11.º Otras mudando una vocal en otra, como las que trocaron la *o* en *u*; tales son: *aborrir*, aburrir; *bollicio*, bullicio; *cobrir*, cubrir; *complir*, cumplir; *caloroso*, caluroso; *rigoroso*, riguroso; *logar*, lugar; *soportar*, suportar; *sofrir*, sufrir; *sotil*, sutil; *polir*, pulir; *Lois*, Luis; *Joan*, Juan; etc. Las que tro-

caron la *u* en *o*; como *murmurar*, mormurar; la *e* en *i*, como *nenguno*, ninguno; *debuxar*, dibujar; *rencón*, rincón; *encenso*, incienso; *vevir*, vivir; *eglesia*, iglesia; *escrebir*, escribir; etc. Las que trocaron otras varias letras; como *losenjero*, que después se mudó en lisonjero; *dicir*, en decir; *asconder*, en esconder; *ascuchar*, en escuchar; etc. Por estas breves muestras se manifiesta la mayor conformidad que guardaban con el latín las primitivas voces romanceadas; por ejemplo: *cobrir* era más conforme al latín *cooperire*; también *asconder* lo era más a *abscondere*, y *ascuchar* a *auscultare*; etc. Los pronombres posesivos *tos*, *sos* mudaron la *o* en *u*, como se escriben hoy: *tus*, *sus*; siendo de una y otra manera contracción del latín *tuos*, *suos*, que en la primera corrupción perdieron la *u* y en la segunda la *o*.

12.º Otras veces mudáronse los diptongos en simple vocal; como *tiemplo*, templo; *exiemplo*, ejemplo; *sagramiento*, sacramento; *cueita*, cuita; *duecho*, ducho; *fruenta*,

frente; *cuende*, conde; *cuemo*, como; *abiespa*, abispa; *castiello*, castillo; *conuerto*, conorte; *siella*, silla; *oriella*, orilla; *viedar*, vedar; *lievar*, llevar; *sieglo*, siglo; *mugier*, mujer; *siello*, sello; etc.

13.º Otras suprimieron la *a* final en las terminaciones del singular; como *pulidez*, pulidez; *ridiculeza*, ridiculez; *estrechez*, estrechez; etc. Sin embargo, han quedado otras muchas con la misma terminación; tales son: *vileza*, *sutileza*, *agudeza*, *guapeza*, etc.

14.º Otras han convertido la doble vocal en vocal simple; como *veer*, ver; *seer*, ser; *preveer*, prever; *reencuentro*, rencuentro; etc.

15.º En las conjugaciones de los verbos se ha experimentado también muy notable mudanza y variación, no sólo en el trueque de letras, sino también de sílabas enteras. Generalmente, hasta muy entrado el siglo XVI no empezaron a sincoparse las terminaciones en *ades*, en *edes* y en *ides* de los verbos de primera, segunda y tercera

conjugación, que después se mudaron en *áis*, en *éis* y en *is*; tales como *amades*, amáis; *veedes*, veis; *venides*, venís; etc.; *amárades*, amaríaís; *amásedes*, amaseís; *viérades*, vie-
raís; *viésedes*, vieseís; *viniéredes*, vinieraís; *viniésedes*, vinieseís; etc.

En la formación de los demás tiempos y modos ha habido casi igual alteración conforme las palabras se han apartado más de su etimología. El latín *videre* se romanceó en *veder*, que, perdiendo la *d*, se escribió *veer*, y perdiendo después una *e*, quedó en *ver*. De estas alteraciones del infinitivo vinieron las inflexiones varias en los demás modos, como *vido*, *vlo*, y últimamente *vió*, etcétera. El latín *esse* se romanceó en *seer* (hoy *ser*); de aquella alteración se formó *so* (hoy *soy*), *sodes* (hoy *sois*), *seredes* (hoy *seréis*), *fumos* (hoy *fuimos*), *fuestes* (hoy *fuisteis*), etc. El latín *dicere* se romanceó en *dicir* (hoy *decir*); de aquí se formó *disso* (hoy *dijo*), *dixoren* (hoy *dijeron*), etc. El latín *sapere* se romanceó en *saber*; de aquí se

formó *sobo*, después *sopo* (hoy *supo*), *saberia* (hoy *sabria*), *sepades* (hoy *sabed*), etc. El latín *cadere* se romanceó en *cader* (hoy *caer*); de aquí se formó *cadió* (hoy *cayó*), *cadrá* (hoy *caerá*), *caya* (hoy *caiga*), etc. El latín *mittere* se romanceó en *meter*; de aquí se formó *metrá* (hoy *meterá*), *miso* (hoy *metió*), etc. De *valer* se formó *valo*, *valan* (hoy *valgo*, *valgan*); de *salir* también *saló*, *salan* (hoy *salgo*, *salgan*); de *andar* se formó *andlo*, *andaron* (hoy *anduvo*, *anduvieron*), etc. Generalmente, todos los tiempos acabados en *ovo*, *opo*, *ogo*, como se usaron antiguamente en *tovo*, *estovo*, *sopo*, *copo*, *plogo*, se convirtieron, entrado el siglo XVI, en *uvo*, *upo*, *ugo*, como en estas palabras: *tuvo*, *estuvo*, *supo*, *cupo*, *plugo*.

16.º Otras palabras han suavizado desde entonces la aspereza de algunas sílabas cuyo sonido duro venía de la violenta pronunciación de la *r*; tales son, por ejemplo, algunos tiempos de los verbos *tener*, *venir*, etc., como son: *terrá*, después *tenrá*

(hoy *tendrá*); *verrá*, después *venrá* (hoy *vendrá*); *porrá*, después *ponrá* (hoy *pondrá*); *plazrá* (hoy *placerá*), *morrá* (hoy *morirá*), etc. La misma alteración recibieron las palabras *tenría*, *vernía*, *ponría*, *plazría*, etc., que hoy se escriben *tendría*, *vendría*, *pondría*, *placería*, etc.

17.^o *Uso de los afijos*.—Aunque en todo tiempo fué usada la aposición de los pronombres recíprocos *me*, *te*, *se*, *le*, *nos*, *vos* al fin de los verbos, no lo fué en los infinitivos hasta mitad del siglo XVI. Por manera que se escribía *hablóme*, *oyóte*, *viénese*, *díjole*, *mirónos*, *vuélveos*; mas no *hablarme*, *oírte*, *decirte*, etc., sino *me hablar*, *te oír*, *le decir*, etc. No sólo precedía el recíproco al infinitivo, sino que cuando éste era precedido de adverbio, se colocaba antes del mismo adverbio; así, se escribía: *para se nunca mover*; *para le bien mirar*; *para vos siempre estimar*; etc. (1).

(1) Estas locuciones en que el afijo se

18.º En los demás tiempos del verbo fueron tan usados estos afijos hasta mitad del siglo pasado (1), que hoy causa alguna dificultad y ambigüedad en la pronunciación e inteligencia la extrañeza de su ortografía, si no se aclara con la buena acentuación; tales son: *esle, osoos, loolo, reisos, haceos, amónos*, etc.; en lugar de *le es, os oso, lo loo, os reis, os hace, nos amó*, que es como hoy se escribe. En el mismo siglo XVI se introdujo el modo de interrumpir el verbo con la interpolación del afijo, de suerte que se dividía en tres palabras lo que antes se juntaba en una; por ejemplo: escribían *mirar lo ha* en vez de *miraráo*, o bien *lo mirará; temer los he* por *temerélos*,

colocaba antes del infinitivo y aun del adverbio, han quedado desusadas completamente, excepto en Asturias, donde las emplean todavía aun personas de ciertos estudios. — *M. B.*

(1) Esto es, del siglo XVII, pues estas OBSERVACIONES CRÍTICAS las escribió y publicó su autor a fines del XVIII. — *M. B.*

o bien *los temeré; amar se hían* por *amaríanse*, o bien *se amarían; vencer nos hía-*
des por *venceríadesnos*, o bien *nos vence-*
riades; etc.

19.º Después que los infinitivos recibie-
ron por aposición los pronombres recípro-
cos *la, le* y *lo*, para mayor suavidad se su-
primió la *r* final, convirtiéndola en *l*; como
decilla en vez de *decirla*, *oille* en vez de
oirle, y *vello* en vez de *verlo*, como hoy se
æscribe; de manera que hemos preferido la
dureza a la suavidad.

20.º Desde mediados del siglo xv se
perdió el uso de la partícula relativa y con
oficio de adverbio local, como lo tiene la
lengua francesa; bien que lo más común era
escribirlo así: *hi*. Hasta fines de aquel siglo
se usó el artículo indefinido antes del pro-
nombre posesivo; v. gr.: *la tu casa, los mis*
hijos; que después se ha omitido, y sólo
permanece en el estilo cancilleresco, como
cuando dice el rey en sus decretos: *la mi*
ciudad de N; el mi Consejo, etc.

21.º Hasta mediados del siglo XVI estuvo en uso la conjunción *e* (del *et* latino) en lugar de la *y* copulativa, que desde entonces la desterró; mas hoy, para evitar la cacofonía, se usa de la *e* antes de las voces que empiezan con *i*, como *grande e insigne*; del mismo modo que cuando la voz que precede a la *o* copulativa empieza con la misma letra se ha convertido en *u* para evitar la colisión de dos vocales de una especie, como *libras o onzas, plata o oro*, que hoy escribimos *libras u onzas, plata u oro*, etc.; primor que no se ha conocido hasta este siglo.

22.º Hasta fines del siglo XVI hubo poco uso de los pronombres relativos *cuyo, suyo, tuyo, nuestro, vuestro, quien*, etc., que después han desterrado las repeticiones inelegantes *de él, del cual, de ti, de nos, de vos, el cual, el que*, etc., que quitaban fluidez a la frase.

23.º Hasta principios del siglo XVII el adverbio *donde* hizo los tres oficios de relación local, ya de quietud, ya de movimien-

to; esto es, servía para significar *en donde*, *de donde* y *adonde*, cuyas tres diferencias hoy se distinguen. Tampoco se distinguía la más próxima relación del pronombre relativo *este*, *esta*, *esto*, de la menos próxima de *ese*, *esa*, *eso*, etc. Tampoco se distinguía el *por* causal, pues hacía el oficio también del *para* final. El pronombre relativo *quien*, que hoy no es aplicable sino a personas, lo fué siempre a personas y a cosas; así, se decía: *el hombre de quien esperamos*, igualmente que *la suerte de quien pendemos*. Además se usó casi siempre como indeclinable, pues era relativo a uno como a muchos; así, se decía: *los padres a quien honramos*, como *el padre a quien honramos*.

24.º El pronombre relativo e indeclinable *que* suplía el oficio de los adverbios confirmativos e ilativos *porque*, *por lo que*, *por tanto*, *tanto que*, *pues que* (1), etc., que comunican más claridad a la oración.

(1) No hallamos exacta la denominación

25.º El pronombre recíproco *vos*, hasta mediados del siglo XVI se usó en toda su integra escritura. Después se suavizó su pronunciación suprimiendo la *v* inicial, con lo que quedó más flúida y manejable; así, se escribió *os hago* en lugar de *vos hago*, *hágoos* por *hágovos*, *haceros* por *hacervos*, *hácenos* por *hácenvos*, y *haceos* por *hacedvos*, etc.

26.º *Palabras que han mudado de género.*—Generalmente se usaron con el artículo femenino las palabras *honor*, *loor*, *olor*, *desorden*, etc., que hoy se unen con el masculino; sin embargo, algunas han seguido bajo del uso promiscuo de ambos géneros, como son: *el o la puente*, *el o la mar*, *el o la orden*, *el o la frente*; bien que en las dos últimas la diferencia de artículos distingue diversos sentidos; por ejemplo, cuando *orden*

de adverbios aplicada a estas palabras y locuciones, y daremos la razón de ello en el lugar correspondiente. — *M. B.*

es regla, método o clase, es masculino; como *el orden de las materias, el orden de vida, el orden de la nobleza, etc.*; y cuando *frente* indica objeto delantero o frontero, es masculino también; así, se dice: *el frente de la plaza; el frente de un regimiento, etc.*

27.º Hay otros nombres que siendo femeninos en su género, usan del artículo masculino en el singular para evitar el concurso de dos vocales de una misma especie; así, decimos: *el alma, el alba, el aspa, el ansia*, en lugar de *la alma, la alba, etc.* Tanta es la delicadeza de la lengua castellana en esta parte, que hasta en los nombres que empezaban con el diptongo *au* usábase en otro tiempo del artículo masculino; así, escribíase *el aurora, el aula, el ausencia, el Austria*, etc. Y hasta mediados del siglo XVI se usó la elisión de la partícula *de* indefinida cuando precedía a los pronombres *él, ella, éste, esto*; así, se escribía *dél, della, deste, desto*, componiendo un solo vocablo, en lugar de *de él, de ella, de éste, de esto*.

28.º *Acepción antigua de los verbos ser y haber.*—Hasta fines del siglo XVI el verbo *ser* tuvo las tres acepciones de *ser*, de *estar* y de *haber*; lo cual podría hoy causar alguna confusión para determinar los tres diferentes sentidos. Por ejemplo, decíase *él era piadoso, él era en la guerra, él era enfermo, él era venido*; en lugar que hoy decimos *él era piadoso, él estaba enfermo, él estaba en la guerra, él había venido*. El verbo *haber* tenía la acepción de *tener*; así, decíase *Juan ha enemigos, ha buen humor, ha tesoros*, etc., en vez de *tiene enemigos, tiene buen humor*, etc.

29.º Los adjetivos *grande, primero, postrero, tercero*, que antepuestos al sustantivo pierden la última sílaba, antiguamente la conservaban; así, escribíase *grande mozo, primero día, postrero año, tercero mes*; en vez que hoy se escriben *gran mozo, primer día, tercer mes, postrer año*, etc. Estos primores en la pulidez de la lengua se conocen aún más en las diferencias de *un* y *uno*,

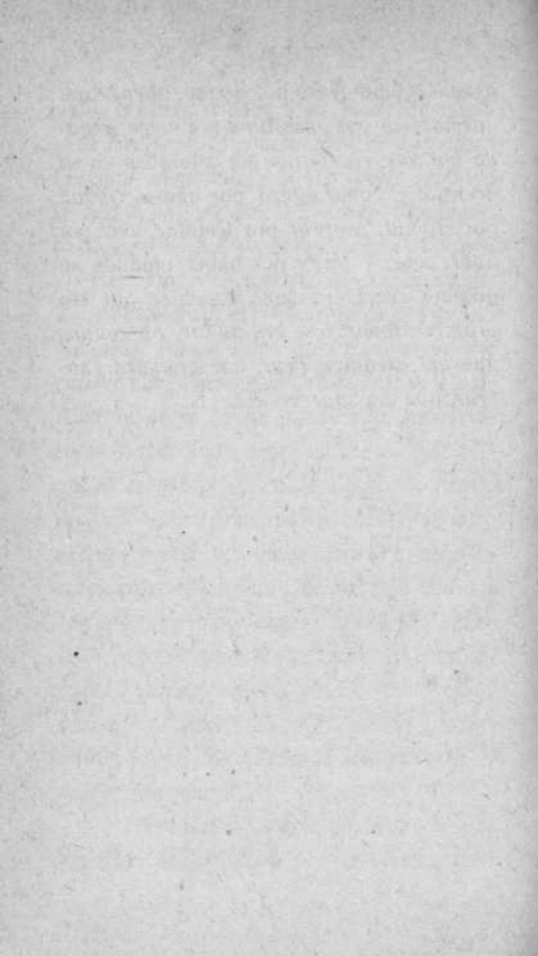
de *buen* y *bueno*, de *mal* y *malo*, de *algún* y *alguno*, de *ningún* y *ninguno*, de *san* y *santo*, de *muy* y *mucho*, de *cien* y *ciento*, de *tan* y *tanto*, de *cuan* y *cuanto*, de *cualquer* y *cualquiera*, etc.

30.º Hasta principios del siglo pasado no se hizo muy común el uso de los participios pasivos que llamamos *contractos*, esto es, los que perdiendo una sílaba que se añadió en su formación al romancearlos, vuelven a su forma y estructura del original latino, para darles otra aplicación. Por ejemplo: *concluso* es contracción de *concluido*; *confeso*, de *confesado*; *convicto*, de *convencido*, etc. Con estas contracciones no se ha minorado el caudal de los participios, pues como han quedado los de ambos géneros siendo unos mismos en su sentido general, la lengua ha adquirido la ventaja de servirse de dos distintas acepciones, según los diversos objetos a que se aplica una misma voz, modificada sólo por sus dos diversas inflexiones. Así, pues, diremos: *los*

autos están conclusos, y no concluidos; mas si la lección está concluida, y no conclusa. Diremos en estilo legal: *el reo está confeso*, y en el teológico, *está confesado*. Siguiendo el diverso sentido de ambos fueros, diremos ya *convicto*, ya *convencido*; ya *convertido*, ya *converso*, etc. Infiérese de aquí cuán distintas aplicaciones puede hacer el que conozca las diferencias entre *confuso* y *confundido*, entre *sujeto* y *sujetado*, entre *absorto* y *absorbido*, entre *extenso* y *extendido*, entre *preso* y *prendido*, entre *incluso* e *incluido*, entre *pretenso* y *pretendido*, entre *excluso* y *excluido*, entre *intruso* e *introducido*, entre *suspense* y *suspendido*, *falto* y *faltado*, *expulso* y *expelido*, *reflejo* y *reflejado*, *roto* y *rompido*, *corrupto* y *corrompido*, *contracto* y *contraído*, *abstracto* y *abstraído*, *electo* y *elegido*, *extinto* y *extinguido*, *compulso* y *compelido*, *favorito* y *favorecido*, etc.

31.º *Voces anticuadas*.— Las hay de tres especies: unas lo son por obscuras y des-

usadas; como *ayuso* por *arriba*, *allende* por *además*, *car* por *pues*, *aina* por *luego*, *vegada* por *vez*, etc. Otras por alteradas en su ortografía; como *agora* por *ahora*, *cibdad* por *ciudad*, *temprar* por *templar*, *aver* por *haber*, etc. Y otras por haber mudado su primera acepción; como *defender*, que era *prohibir*; *topar*, que era *hallar*; *obsequias*, que era *exequias*; *tirar*, que era *sacar*; *sobrar*, que era *superar*; etc.



II

COMPOSICIÓN MATERIAL DE LAS PALABRAS

Si la parte mecánica o material de las palabras consiste en los sonidos y articulaciones de las sílabas, y de la combinación de éstas resulta lo sonoro, suave, grave o flúido de los vocablos, todo el mundo reconocerá esta excelencia en la lengua española, llena de dicciones numerosas y majestuosas, al paso que enérgicas y expresivas.

1.º Entre las numerosas, ¿qué magnificencia no respiran éstas: *heredamiento*, *remordimiento*, *contentamiento*, *desenfrenamiento*, *descendimiento*, *malaventurado*, *desaprovechado*, *desapiadado*, *bienandan-*

za, destemplanza, bienaventuranza, desavenencia, desobediencia, cautividades, inhumanidades, dulcedumbre, servidumbre, etc.?

2.º Entre las voces majestuosas, mucha melodía reciben las que por su acentuación alargan o abrevian la cantidad de las sílabas; como *lástima* y *lastima*, *cópula* y *copúla*, *júbilo* y *jubilo*, *idólatra* e *idolátra*, *pérdida* y *perdida*, etc., cuyo acento en la antepenúltima denota nombre y en la penúltima verbo; como si dijésemos: *es un idólatra el que idolátra a su dinero*. La acentuación aun causa otros efectos en la pronunciación de las palabras, pues según la sílaba sobre que carga el acento en una misma, señala el nombre y el verbo y el modo y tiempo del verbo. Por ejemplo, la voz *limite* sin acentuar no tiene determinada pronunciación, y por tanto no tiene determinada acepción; pero de la colocación del acento agudo en una de las tres sílabas de que se compone resultan tres diferentes sentidos, como se puede ver en este ejemplo: *su po-*

der no tiene LÍMITE; mas yo se lo LIMITÉ, ya que no hay quien lo LIMITE.

3.º Todas estas advertencias se refieren a las palabras equívocas que varían la acentuación para mayor claridad de su sentido; pero tiene la lengua el tesoro de los esdrújulos invariables, cuya acentuación carga en la antepenúltima constantemente. Tales son, entre los substantivos: *átomo, báculo, dádiva, escrúpulo, fistula, gúmena, higa-do, idolo, lámina, mérito, níspero, páramo, órgano, sótano, ráfaga, tálamo, vástago, céfiro, jáquima, zócalo*, etc.; entre los adjetivos: *árduo, áspero, arbóreo, aéreo, bené-fico, bélico, cárdeno, cándido, diáfano, de-crépito, estólido, fétido, físico, flemático, genérico, gótico, húmedo, herético, ilícito, juridico, lúgubre, lírico, mústio, mortífero, numérico, narcótico, odorífero, pálido, pur-púreo, satírico, supérfluo, turbio, trémulo, vácuo, venéreo, záfiro*, etc. A éstos se pueden añadir los esdrújulos verbales simples *amá-ramos, volveríamos*, etc., y los compuestos

de los recíprocos *me, te, se, vos, nos, lo*, que por aposición forman una sola palabra; v. gr.: *rlome, quiérote*, en lugar de *me río, te quiero*, y así de todos los demás, como *lléveos, pídenvos, vuélvanos, volvímonos, pediselo, pediríamelo*, etc.

4.º A esta clase de los esdrújulos adjetivos pertenecen todos los superlativos, unos compuestos del participio activo; como de amante, *amantísimo*; de clemente, *clementísimo*, etc., y los demás de adjetivos de toda suerte de terminaciones; como de frío, *frísimo*; de hermoso, *hermosísimo*; de docto, *doctísimo*; de cruel, *cruelísimo*; de violento, *violentísimo*; de pobre, *pobrísimo*; de guapo, *guapísimo*; de tonto, *tontísimo*; de célebre, *celebérrimo*; de íntegro, *integérrimo*; etc.

5.º De la discreta combinación de estas palabras suaves y sonoras nace la armonía de la frase, variada según todos los tonos que pueden lisonjear a un delicado oído. Véase qué grandiosa y altisonante frase,

por ejemplo: *Ya entrambos mundos peregrinando el hombre*, etc.; qué grave y numerosa esta otra: *Invicto y potentísimo monarca*; qué rápida y fuerte esta otra: *El áspero furor del mar airado*; qué suavidad y fluidez en esta otra: *Angélica y dulcísima alegría*.

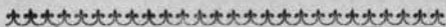
6.º Entre las palabras de sonora y hermosa composición silábica y de grata terminación se deben contar los derivados compuestos, ya de nombre y preposición, ya de dos substantivos, ya de dos adjetivos, ya de dos verbos, ya de adverbio y verbo, ya de adverbio y participio, ya de participio y adverbio, ya de nombre y verbo, ya de dos preposiciones y verbo, según manifestaremos en los ejemplos siguientes:

DERIVADOS COMPUESTOS DE PREPOSICIÓN Y VERBO.—De barranco, *abarrancado*; de bigote, *abigotado*; de cogollo, *acogollado*; de caudillo, *acaudillado*; de compás, *acompasado*; de broquel, *abroquelado*; etc.—De barril, *embarrilado*; de brea,

embreado; de palma, *empalmado*; de cárcel, *encarcelado*; de cañuto, *encañutado*; de charco, *encharcado*; etc. — De abrir, *entreabrir*; de coger, *entrecoger*; de sacar, *entresacar*; de tejer, *entretejer*; de cavar, *enfrecavar*; etc.— De suegro, *consuegro*; de helar, *congelar*; de patrono, *compatrono*; de discípulo, *condiscípulo*; etc.— De llama, *sollamar*; de asar, *soasar*; de sacar, *sonsacar*; de cavar, *socavar*; de noche, *trasnochar*; etc.— De hacer, *rehacer*; de volver, *revolver*; de mirar, *remirar*; de montar, *remontar*; etc.— De alentar, *desalentar*; de barriga, *desbarrigar*; de entrañar, *desentrañar*; de cabeza, *descabezar*; etc.— Del verbo *decir* y del adverbio *mal* se forma *maldecir*; y a este tenor, *malparir*, *malbaratar*, *malherir*, *malcriar*, *malquistar*, etc.— Por la misma regla se forman *bienquerer*, *bendecir*, *bienhablar*, *recienvenir*, etc.— De los dos substantivos *oro* y *piel* se forma *oropel*; y así de los demás: *casapuerta*, *puntapié*, *aguamanos*, *telaraña*, *garrapata*, *pollipavo*, *filigrana*, etc.

Del sustantivo *barba* y del adjetivo *rojo* se forma *barbirrojo*; y así de los demás: *barbinegro*, *carirredondo*, *patituerto*, *cejijunto*, *manirroto*, *alicaído*, etc. — De los dos adjetivos *verde* y *seco* se forma *verdiseco*; y a su imitación los demás: *altibajo*, *agridulce*, *verdinegro*, etc. — De la preposición *ante* y del nombre *ojo* se forma *anteojos*; y a su imitación, *antesala*, *antepecho*, *trastienda*, *traspíe*, *entretela*, *entrecejo*, *sinsabor*, *sínrazón*, *contramina*, *contrapeso*, *retranca*, *retaguardia*, *sobremesa*, *sobreparto*, *socolor*, etc. — Del sustantivo *tierra* y del participio activo *teniente* se forma *terratendiente*; y por la misma regla, *lugartendiente*, *vicegerente*, *viandante*, *tenientecura*, etc. — Otros se forman de verbo y participio; como *pujante*, *pasavolante*, etc. — Otros de adverbio y participio; como *bienestante*, *malandante*, *bienqueriente*, etc. — Otros de preposición y adjetivo; como *contrahecho*, *contrabajo*, *trascordado*, *trasquilado*, *sobrehumano*, etc. — Otros de dos verbos;

como *ganapierde*, *alzaprime*, *muerdehuye*, *vaivén*, etc. — Otros de dos preposiciones y verbo; como *desabarrancar*, *desabotonar*, *desencastillar*, etc. — Otros, en fin, de nombre y verbo; como *perniquebrar*, *mancornar*, *maniatar*, etc., que son voces muy hermosas y enérgicas.



III

' SIGNIFICADO Y VALOR DE LAS PALABRAS

El valor de las palabras consiste en la totalidad de las ideas que constituyen el sentido propio o figurado. Las palabras vienen a ser los instrumentos con que manifestamos nuestros conceptos.

ABUNDANCIA DE LA LENGUA

Si la abundancia de una lengua consiste en el cúmulo de aquellas locuciones que pueden hacerla apta para expresar todas las ideas primitivas con precisión, distinguir todas las ideas accesorias con exactitud y tratar todos los asuntos con claridad, ¿cuál

de las modernas llevará ventaja a la española?

Sentidos diferentes de una misma palabra.—Una misma voz tiene dos acepciones distintas, y a veces opuestas, con sola la diferencia del singular al plural, pues del sentido propio pasa al figurado. Véase la diferencia del *humo* de una chimenea a los *humos* de un hidalgo envanecido; del *celo* de un predicador a los *celos* de un enamorado; de la *ruina* de una familia a las *ruinas* de una casa; de la *voz* de un cantor a las *voces* de un loco rabioso; etc. Y así de innumerables de que abunda nuestra lengua.

Otras veces la diferencia de los sentidos en una misma palabra nace del uso o no uso del artículo. Véase la diferencia de sentido que tienen en español estas expresiones: *dar hora* o *dar la hora*, *abrir tienda* o *abrir la tienda*, *gastar plata* o *gastar la plata*, *hacer casa* o *hacer la casa*, etc. Y a este tenor de otras infinitas que enriquecen de mil maneras la lengua.

DERIVADOS SIMPLES. — Una de las mayores riquezas de nuestra lengua es la de palabras derivadas de otras radicales; por ejemplo: de la radical CABEZA fórmanse los derivados simples *cabecera, cabezal, cabezada, cabezón, cabezo, cabezudo, cabezorro, cabezuelo, cabezuela, cabecear, cabeceo*; de la radical AGUA se forman *aguaza, aguacero, aguacha, aguaje, aguada, aguado, aguador, aguadero, aguaderas, aguazal, aguadura, aguanoso, aguacharnar, aguachinar*. Y si a éstos se añaden los derivados de la radical latina AQUA que tiene adoptados la lengua, cuales son *acuario, acuáticos, acuátil, ácuëo, acuoso*, véase qué diversidad de ideas no incluye esta abundancia de palabras. De la radical HOLGAR se forman los derivados simples *holganza, huelga, holgorio, holgueta, holgura, holgón, holgazán, holgazaneria y holgazanear*. Siguiendo esta idea se podría formar un diccionario muy abundante.

1.º *Derivados de nombres de animales.* — De esta clase son los adjetivos que

expresan accidentes de figura, color o propiedad de algún animal; como de caballo, *caballar*; de yegua, *yeguar*; de gato, *gatuno* y *gatesco*; de perro, *perruno*; de oveja, *ovejuno*; de cabra, *cabruno*; etc.

2.º *Verbos frequentativos*. — Pertenecen a la misma clase las palabras que denotan menudeo o repetición de un mismo acto; como de *voz* se forma *vocear*, que es dar repetidas voces o gritos; de *papel* se forma *papelear*, que es revolver papeles; y a este tenor, de *cola*, *colear*; de *husma*, *husmear*; de *tacón*, *taconear*; de *libra*, *librear*; de *fuerza*, *forcejar*; de *pierna*, *pernear*; de *saltar*, *saltear*; etc.; y así de otros muy vivos y bellos; como de *relámpago*, *relampaguear*; de *cuchara*, *cucharetear*; de *cerrojo*, *cerrojear*; de *cencerro*, *cencerrear*; de *tijeras*, *tijerear*; etc.

Hay además otro género de frequentativos dobles que aumentan la fuerza y expresión de los primeros; tales son: *golosinear*, que dice más que *golosear*; *babusear*, que

es más que *babear*; *pisotear*, que es más que *pisar*; *patalear*, que es más que *patear*; *palmotear*, que es más que *palmear*; *chisporrotear*, que es más que *chispear*; etc.

También hay otros frecuentativos que expresan efectos del instinto, movimientos y propiedades de animales, los cuales en el sentido extensivo comunican gran energía y gracia al lenguaje castellano; tales son: *hormiguesear*, *escarabajear*, *culebrear*, *huronear*, etc.

3.º *Verbos imitativos*. — Llámense así aquellos cuya pronunciación imita el sonido o ruido de las cosas o acciones que representan; como *cacarear*, sacado del *ca ca* de las gallinas, que se aplica al que divulga y pondera con arrogancia sus cosas; *buchear*, sacado del *bu bu* que suena en la boca del que da vaya a otro; y así de los demás: *cuchichear*, *refunfuñar*, *mamujar*, *tartajear*, *chacharear*, *borbollonear*, *chiflar*, *chistar*, *asquear*, *tiritar*, *zumbir*, *rechinar*, *rajar*, *susurrar*, *roncar*, *gargajear*,

retumbar, cecear, gorgorilear, bambolear, gruñir, etc.

También pertenecen a este género los que imitan las voces de varios animales; como *maullar*, del gato; *aullar*, del lobo y perro; *rugir*, del león; *bramar*, del toro; *balar*, de la oveja; *piar*, de los pollitos; *graznar*, de los cuervos; etc.

4.º *Verbos incoativos*. — Son aquellos que denotan la acción de empezar una cosa a suceder o hacerse, como son: *amanecer*, hacerse de día; *anochecer*, hacerse de noche; *alborear*, venir el alba; *agostarse*, empezarse a secar las plantas; *pelechar*, empezar a echar pelo; etc.

5.º *Nombres aumentativos*. — En este género de vocablos es abundantísima la lengua española; como de miga, *migajón*; de costura, *costurón*; de culebra, *culebrón*; de encuentro, *encontrón*; de torre, *torreón*; de lugar, *lugarón*; de botija, *botijón*; etc. Aunque por lo común terminan en *ón*, algunos acaban en *orro*, en *azo* y en *aza*; como de

cepa, *ceporro*; de playa, *playazo*; de pata, *pataza*; de boca, *bocaza*; de mano, *manaza*; etc.; advirtiendo que los acabados en *aza* siempre se toman en sentido de mofa o burla.

No para aquí la riqueza de nuestra lengua, sino que sobre un aumentativo forma otro, que viene a ser doble; como de valentón, *valentonazo*; de picarón, *picaronazo*, etcétera. Aun más: no sólo sigue esta gradación directa en razón de magnitud, mas también con respecto de un aumento de ideas accesorias al aumentativo principal, las cuales exprimen diferentes modos y sentidos. Por ejemplo: sobre *borracho* se forma *borrachón*, y sobre este aumentativo *borrachonazo*, que se toma en sentido de desprecio y vilipendio; sobre *bobo* se forma *bobazo* y *bobón*, y sobre éste *bobonazo*, *bobarrón* y *bobalicón*, siendo los tres últimos tomados bajo la idea de lástima, de burla y de desprecio. Finalmente, a la idea general de magnitud se puede añadir la

del superlativo *bobísimo*, que las abraza todas.

6.º *Nombres diminutivos*. — No menos rico y primoroso es el diccionario de los diminutivos que tiene la lengua castellana, cuyos sentidos diversos en una gradación descendiente, no sólo rebajan la cantidad y fuerza de los positivos, mas también su modo y calidad. Sus terminaciones son tan variadas como sus diferentes modificaciones en uno y otro género. Por ejemplo: unos acaban en *ete*, como *pobrete*; otros en *ito*, como *mocito*; otros en *illo*, como *perrillo*; otros en *uelo*, como *arroyuelo*; etc. (1). Es-

(1) Y aun los hay con la terminación, generalmente aumentativa, en *ón*; como *alón*, *arteson*, *cajón*, *callejón*, *escalón*, *lechón*, *miñón*, *montón*, *perdigón*, *pichón*, *piñón*, *ratón*, *talón*, *tapón*, etc., y también *pelón* y *rabón*, tenidos ambos equivocadamente por aumentativos, créyendose que toman la significación opuesta mediante la figura anti-frasis.

Aprovechamos esta ocasión para expresar nuestros deseos de que el entendido

tas diversas terminaciones añaden a la idea general y primitiva del positivo diversas acepciones secundarias, como se demuestra en la voz *pobre*, cuya idea se degrada subdividiéndose en *pobrete* bajo el sentido de burla, en *pobrecillo* bajo el de lástima, en *pobrecito* bajo el de cariño, en *pobrezuelo* bajo el de desdén y en *pobrezote* bajo el de menosprecio. Lo mismo podriase decir de *libro*, que se degrada en *librote*, *libracho*, *librito*, *librete* y *libretillo*.

A la manera que hay aumentativos dobles, hay también diminutivos que reducen la primera idea de pequeñez a la última y mínima expresión. Sobre el positivo mismo *chico*, que ya de suyo expresa pequeñez, se forma *chiquito*, que es el diminutivo inme-

gramático D. B. J. Gallardo publique *las luminosas observaciones que tiene hechas acerca de la formación de los diminutivos. Nosotros le somos deudores de algunas de ellas, que dejamos de consignar aquí por creer que no es éste el lugar oportuno. — M. B.

diato; de éste se forman otros dos: *chiquitito*, que suena a cariño, y *chiquirritito*, que denota una extraordinaria afición y ternura. Aunque estos varios modos pertenecen al estilo familiar, son esencialmente de la lengua, porque ésta comprende todos los estilos.

7.º *Palabras de acción*.— Al género de derivados simples pertenecen las palabras que expresan la acción o el efecto de esta acción; como de sable, *sablazo*; de escopeta, *escopetazo*; de porra, *porrazo*; de martillo, *martillazo*; etc. Otros terminan en *ón*; como de empuje, *empujón*; de mano, *manotón*; de encuentro, *encontrón*; etc. Otros terminan en *ada*; como de pata, *palada*; de cabeza, *cabezada*; etc.

8.º *Palabras afectivas terminadas en izo, iza*.— Llamo *afectivas* a las que indican ciertas disposiciones o afecciones del ánimo, como son: *antojadizo*, esto es, fácil a poseerse de antojos; *enojadizo*, dispuesto a enojarse; lo mismo se dirá de *contentadizo*, *olvidadizo*, *espantadizo*, etc.

Otro género hay de palabras *afectivas* que denotan calidades físicas; como *enfermizo*, *pegadizo*, *invernizo*, etc. Otras denotan la disposición de las cosas; como *resbaladizo*, *arrojadizo*, *anegadizo*, *levadizo*, *estadizo*, *llovedizo*, etc. Otras son afectivas de acción; como *encontradizo*, *escurridizo*, *echadizo*, *perdedizo*, *advenedizo*, *serradizo*, *regadizo*, etc.

9.º *Nombres colectivos en el sentido físico*.— Bajo de este sentido tiene la lengua castellana gran copia de palabras, así de las que especifican los varios géneros de plantíos y sembrados, y son: *manzanal*, *naranjal*, *alcornocal*, *madroñal*, *cañaveral*, etc.; *arrozal*, *nabar*, *zandial*, *garbanzal*, *centenar*, etc., como de las que especifican sitios de plantas espontáneas y silvestres; tales son: *malvar*, *juncal*, *espartizal*, *romeral*, *atochar*, *retamar*, etc. Entran aquí también las que comprenden las varias clases de terrenos; como un *arenal*, un *peñascal*, un *herial*, un *cenagal*, un *barrizal*, etc. Igual-

mente pertenecen a este género de nombres los de varias especies de rebaños; como *vacada, torada, boyada, muletada, carnerada, yeguada, etc.*

10.º *Adjetivos modificados.* — Llamo así a los adjetivos derivados de otros primitivos, cuya significación absoluta y general degradan y disminuyen; tales son: de *negro*, que es color entero, *negruzco*, que es color medio; y así, de *verde* se forma *verdoso*, de *amarillo* se forma *amarillento*, de *rojo* sale *rojizo*, de *blanco* sale *blanquecino*, etc.

11.º *Acepciones de una misma voz.* — Son aquellas diferentes significaciones que, ya por ampliación, ya por traslación, recibe una misma palabra cuando se aparta de su sentido primitivo y propio, para aplicarse a un objeto al cual no conviene en su sentido recto y natural. Por ejemplo: *abrir una sala; abrir el día; abrir las ganas de comer.* En el primer caso, la palabra *abrir* tiene su sentido propio y recto, que es el de abrir una cosa cerrada con llave o con puerta; en el

segundo, *abrir* recibe un sentido extensivo o ampliativo, porque se considera el *día* como cerrado con nubes, viniendo a dar una idea de cuerpo a la obscuridad; en el tercero, *abrir* se toma en el sentido traslaticio o figurado, porque se consideran las *ganas*, que es una voz abstracta que expresa una necesidad sensual, como si fuesen un objeto real y físico que estaba tapado o cerrado. La misma regla se puede aplicar a este otro ejemplo: *abrazar un amigo* (sentido propio); *abrazar un gran terreno* (sentido extensivo); *abrazar muchos negocios* (sentido figurado); y a este tenor a otras innumerables acepciones que tienen la gracia de enriquecer la lengua sin aumentar el vocabulario.

El sentido extensivo y el figurado puede cada uno recibir diferentes grados de modificaciones, según se van desviando de la primera e inmediata acepción, para expresar otras ideas secundarias y asimilares. Por ejemplo: *dar*, en su sentido primitivo

más estrecho y riguroso, significa propiamente poner con la mano una cosa en la mano de otro; así, diciendo *doy una peseta a Pedro*, hablaré en sentido propio; mas si digo *doy de palos a Pedro*, el sentido recto de *doy* empieza a tomar alguna más ampliación; porque, a la verdad, aunque los palos se dan con la mano, no se reciben en la de otro. Si después digo *doy una hacienda*, el sentido ampliativo se va extendiendo aún más, por cuanto la *hacienda* no se da ni se toma con la mano. Si, finalmente, añado *doy un libro a la imprenta*, entonces la idea extensiva se dilata más, desviándose ya mucho de su primitiva acepción; porque no sólo el libro no se da ni se recibe realmente con la mano en este caso, sino que el que lo podría recibir, que es la *imprenta*, no es un ente físico dotado de acción y cuerpo.

Si hemos puesto estos ejemplos para dar una idea de la extensión gradual que pueden recibir en el sentido ampliativo, ¿cuántos podríamos traer aquí sobre el sentido

figurado, como son: *dar una noticia, dar un consejo, dar una pesadumbre*, etc.? Aquí el *dar* está, no apartado, sino sacado de su sentido natural, y por esto se llama traslaticio; pues ni la *noticia*, ni el *consejo*, ni la *pesadumbre* son objetos físicos y reales, como el *palo*, la *hacienda*, el *libro*, que puedan darse. Si siguiésemos todas las modificaciones que el verbo *dar* puede recibir en castellano, espantaría la riqueza de esta lengua, más celebrada que conocida y más usada que estudiada. En castellano damos *alas*, damos *gracias*, damos *asenso*, damos *lugar*, damos *hora*, damos *entrada*, damos *la ley*, damos *cuartel*, damos *guerra*, damos *color*, damos *estado*, damos *risa*, damos *sentencia*, damos *señal*, damos *goces*, damos *poste*, damos *luz*, damos *músicas*, damos *quejas*, damos *ánimo*, damos *oldos*, damos *cuerpo*, damos *caza*, damos *campanada*, damos *alcance*, damos *pie*, damos *punto*, damos *razón*, damos *qué decir*, damos *de mano*, damos *por visto*, damos *en no comer*,

damos *a entender*, damos *contra una esquina*, etc.

¿Cuántas son las acepciones de la voz *vuelta*, que en su sentido propio es el giro de un cuerpo alrededor de una cosa, o el movimiento de un lado a otro? Hay dar una *vuelta* para venir, esperar la *vuelta* del viaje, bajo la *vuelta* de la manta, pedir la *vuelta* de una alhaja quitada, tomar la *vuelta* de una peseta, dar una *vuelta* a su patria, dar una *vuelta* a su casa, dar una *vuelta* a la cocina, dar *vuelta* a las cosas, dar una *vuelta* al campo. ¿Otra *vuelta* aún? Dar *vuelta* a un cable, andarle a las *vuel*tas a zutano, tomarle las *vuel*tas a fulano, andar en *vuel*tas al responder, andar a *vuel*tas con todos, a *vuel*tas de Pascua pagan, tiene muchas *vuel*tas su amistad, a *vuel*tas del parentesco pretende, dar *vuel*tas a la especie que se dijo, poner a uno de *vu*elta y media, etc.

12.º *Palabras sinónimas*. — Otro de los riquísimos tesoros de nuestra lengua es el gran caudal de *sinónimos*; es, a saber, de

aquellas voces de una misma especie que, siendo idénticas entre sí respecto a la significación objetiva de la idea principal que todas representan, son distintas en cuanto a la significación formal de la idea accesoria que cada una determina y caracteriza. Por consiguiente, no hay rigurosos sinónimos en el sentido riguroso que hasta ahora nos habían explicado nuestros gramáticos, que sin aumentar el número de las ideas multiplicaban sin necesidad el de las palabras.

Yo quiero suponer, por ejemplo, que las palabras *verdadero*, *verídico* y *veraz* sean idénticas en cuanto a la idea general de *verdad*, como objeto principal y común a todas; mas cada una ¿no se diferencia entre sí por la variedad de las ideas secundarias con que se modifica la idea objetiva y primitiva? Así, pues, diremos que un hecho es *verdadero*, que la relación es *verídica* y que el que la hace es *veraz*. Aunque *viejo*, *antiguo* y *anciano* son términos sinónimos en

cuanto a la idea general de *vejez* que representan todos, no podemos aplicarlos indistintamente a todos los casos ni a todas las circunstancias y relaciones bajo las cuales se considera una misma cosa. Yo concibo que lo *viejo* es contrario de lo *nuevo*; lo *antiguo*, de lo *moderno*, y lo *anciano*, de lo *joven*; por manera que lo *anciano* se refiere más a la edad; lo *antiguo*, a la duración del tiempo, y lo *viejo*, a los efectos de la duración del tiempo. Así, diremos: un *padre anciano*, una *nobleza antigua* y un *vestido viejo*. Y aunque también se dice un *vestido antiguo* y un *vestido viejo*, lo primero denota que ha pasado mucho tiempo desde que se hizo, aunque se conserve nuevo, y que es antiguo por su hechura y respecto a la moda actual; pero lo segundo denota que el vestido está maltratado y deteriorado por el uso, aunque sea recién hecho. Estas modificaciones de una misma voz, que pueden variarse según las innumerables aplicaciones que continuamente se ofrecen,

constituyen la fineza y riqueza metafísica del lenguaje, cuya claridad, propiedad y exactitud dependen de esta precisión analítica del sentido primario y secundario de las palabras.

Éste es otro de los diccionarios más necesarios que nos faltan; y creo que careceremos de él mucho tiempo, porque primero ha de venir el diccionario gramatical de los vocablos para formar después el filosófico que los caracterice y clasifique. Nosotros hallamos en los diccionarios las voces *gusto* y *placer* bajo de una misma idea y acepción; mas ¿quién no conocerá que si fuese indiferente el uso de la una o de la otra podríamos decir una *quinta de gusto* por una *quinta de placer*, un *vestido de placer* por un *vestido de gusto*, y un *hombre de buen placer* por un *hombre de buen gusto*? Si fuesen idénticas las palabras *temor* y *miedo*, como se supone en nuestros diccionarios, diríamos indistintamente el *temor de Dios*, y el *miedo de Dios*; siendo esto último una

blasfemia, pues sólo al diablo se le puede tener miedo. El miedo supone siempre cobardía y flaqueza de parte del que lo tiene, y terribilidad y malignidad de parte del objeto a que se tiene; y el temor lleva siempre la idea de respeto y recelo de parte del que lo tiene, y la superioridad de poder, de fuerzas y de malicia de parte de la cosa a que se tiene. Por cuya razón diremos: tengo *miedo* de los ladrones, de los rayos, etc., y tengo *temor* de la Justicia, de las malas lenguas, etc.

Cuando tengamos un diccionario filosófico que fije con todo el rigor metafísico el verdadero sentido de las palabras, entonces tocaremos la diferencia que hay de *salobre* a *salino*, de *instante* a *momento*, de *preso* a *prisionero*, de *alegría* a *gozo*, de *fortalecer* a *fortificar*, de *hombre* a *varón*, de *regio* a *real*, de *pontificio* a *pontifical*, de *crimen* a *delito*, de *célebre* a *famoso*, de *adulación* a *lisonja*, de *don* a *dádiva*, de *crédito* a *creencia*, de *celestes* a *celestial*, de *angélico*

a *angelical*, de *marino* a *marítimo*, de *influjo* a *influencia*, de *riqueza* a *opulencia*, de *terrestre* a *terreno*, de *perdición* a *pérdida*, de *juntar* a *unir*, de *señal* a *seña*, de *ajuciado* a *juicioso*, de *paterno* a *paternal*, de *abundante* a *copioso*, de *riesgo* a *peligro*, de *honor* a *honra*, de *naval* a *náutico*, de *monacal* a *monástico*, de *fíel* a *leal*, de *robar* a *hurtar*, etc.

Si fuese posible hacer aquí la última ostentación de la energía, fuerza y expresión de la lengua castellana, bastaría recorrer su hermoso vocabulario solamente de voces derivadas, ya simples, ya compuestas; y distribuyéndolas en diferentes clases, según su formación objetiva, se vendría a dar una idea más clara de la maravillosa variedad y viveza de imágenes que figurada e imitativamente representan estas palabras, casi todas de hermosa, magnífica y sonora composición. — Entre las que expresan la imitación de colores, ya de plantas, ya de metales, ya de animales, etc., se cuentan mu-

chísimas; como *aceitunado*, *azafranado*, *amoratado*, *acanelado*, *atabacado*, *plateado*, *bronceado*, *aplomado*, *anubarrado*, *jaspado*, *alagartado*, *atigrado*, *leonado*, etc.— Entre las que representan por imitación varias figuras o formas de cuerpos naturales o artificiales, se cuentan los derivados *ensortijado*, *ahorquillado*, *acaballado*, *amelonado*, *acanalado*, *abarquillado*, *aberenjenado*, *acamellado*, *caracoleado*, *escarolado*, *ajuanetado*, *acopado*, *apelluzcado*, etc.— Entre las que expresan propiedades de animales, aplicadas por imitación a las personas, se cuentan éstas: *acaponado*, *azorrado*, *alebrado*, *emperrado*, *arrocinado*, *agazapado*, *trasconejado*, *gallear*, *asnear*, *gatear*, *huronear*, *recochinearse*, etc.— Entre las que pintan los efectos causados por la vista o persecución de animales dañinos, y por imitación se aplican a personas, se cuentan éstas: *azorado*, *amilanado*, *alobadado*, *atorolado*, etc.— Entre las que expresan las calidades físicas de algunos objetos, apli-

cadras por imitación extensamente a otros, hay los derivados *acorchado*, *acaramelado*, *agamuzado*, *zapatudo*, *conchudo*, etc. — Entre las que expresan los accidentes y calidades de ciertas clases de personas, aplicados por imitación a otras por causa de la semejanza de costumbres, modo o figura, se cuentan innumerables, las unas siempre en sentido despreciativo, o a lo menos que rebaja a la persona comparada, como *agitado*, *amujerado*, *amaricado*, *amuchachado*, etc., y otras en sentido decoroso, que agracia o realza al comparado, como *adamado*, *aseñorado*, etc.

Si de la variedad y propiedad de los derivados en su aplicación pasamos a la viveza, energía y vigor de algunos por la rara valentía de su composición, ¿qué singular expresión la de estas palabras: *desalmado*, *descorazonado*, *descreído*, *desentrañado*, *desmemoriado*, *desdinerado*, *entronizado*, *engolosinado*, y sobre todo *endiosado*, etc.; *capitanear*, *avasallar*, *amaestrar*, *acaudi-*

llar, enseñorear, y más que todo *pordio-
sear*, etc.?—Entre los verbos transitivos, es
decir, los que expresan la mudanza de una
cosa pasando de un estado a otro, cuenta
la lengua castellana muchos de grande ener-
gía; como *en crudelecerse*, *ennegrecerse*, *en-
durecerse*, *rejuvenecerse*, *amansarse*, *enso-
berbecerse*, *envanecerse*, *empedernirse*, *en-
tontecerse*, *en crudecerse*, etc.

* * *

Estas críticas observaciones que me atre-
vo a presentar a la luz pública, deben ser
miradas solamente como unos informes y
sumarios apuntamientos, formados sobre la
lectura de nuestro diccionario, para aficio-
nar a los extranjeros al cultivo y estudio de
la lengua española. Un tratado científico,
analítico y más metódico de un idioma tan
abundante, primoroso, noble y expresivo,
además de pedir una obra separada y pecu-
liar, trabajada con prolijo esmero y profun-

das investigaciones, sería superior a mi talento y ciencia; pues es más afición que conocimiento y más genio que ingenio lo que me llevó a extender estos borrones, que bosquejé primero por satisfacer mi curiosidad, y proseguí para mi propia utilidad y enseñanza.

Si no he sabido aprovecharme como debía de la prolija lectura de los buenos escritores y padres de la lengua, tampoco confesaré que he perdido el tiempo. Cuando no hubiese yo cogido otro fruto que el descubrimiento de que gran parte de la lengua castellana aun existe intacta y desconocida en los libros, donde debería hacerse, por ojos perspicaces y con delicada elección, un rebusco, digámoslo así, del modo que en una gran viña de un hacendado rico que la vendimió con poca codicia y aprovechamiento, nunca daría por malogrado mi trabajo. En muchos libros viejos he hallado palabras que hoy algunos puristas y reformadores de la lengua que no conocen cali-

ficarian de espurias y exóticas, y a fe que son de autores y de tiempos en que no se leían libros franceses ni eran éstos dignos de ser leídos. De aquí he sacado yo un desengaño para mí y para muchos otros, y es que todos estudiemos y no nos queramos hacer maestros antes de ser buenos lectores.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
NOTA DE LOS EDITORES.....	5
ADVERTENCIAS.....	7
Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana....	9
Formación de la lengua castellana...	83
I.— Etimología.....	85
II.— Composición material de las palabras.....	133
III.— Significado y valor de las palabras.....	141



Alfredo de Musset.—Las noches.—Poemas. 76 y 136	Obras escogidas del Pa- dre Feijoo.....
Poesías asiáticas..... 77	Plauto y su teatro.....
Shakespeare..... 78-82-112	Miscelánea de Autores españoles.....
El Lazarillo de Tormes. 79	Poesías sueltas de don Manuel Quintana...
Leyendas y tradicio- nes..... 83	D. Miguel de los San- tos Alvarez.—Tenta- tivas literarias. 119-120-
Poemas gaélicos... 84-85-90	G. Belmonte Muller...
Lamartine..... 86	El abate Prévost.—Ma- non Lescaut.....
Séneca.—Tragedias.. 87	Ereckmann Chatrian.— La señora Teresa...
Dickens..... 89	Julia de Asensi.—No- velas cortas.....
Antología griega..... 92	Goya.....
Rousseau..... 93	Edgar Quinet.—Ahas- vérus..... 127 y
La Musa Helénica.... 95	Gutiérrez de Alba.— Poemas y leyendas. 129-
El Diablo Cojuelo.... 96	Cuentos de Perrault...
Cantares populares... 97	Biografía de Colón...
Poesías ascéticas y re- ligiosas..... 98	Cervantes.—Entreme- ses.....
Terencio.—Comedias.. 99	Campoamor.—El Dra- ma Universal.....
Quintana.—D. Alvaro de Luna..... 100	Sánchez Pérez.—Ac- tualidades de antaño.
Augusto Barbier... .. 101	Viajes de Gulliver á di- versos países remotos 139
Pedro M. ^a Barrera.... 102	Aventuras de Robinsón Crusoé..... 141
El día de fiesta por la mañana y por la tarde 103	Duque de Rivas.—El Moro Expósito..... 143
María de Zayas y So- tomayor.—Novelas.. 104	Tirso de Molina.—El Vergonzoso en Pala- cio.....
Tirso de Molina.—El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra 105	Voltaire.—Cándido 6 el optimismo.....
Ollantay.—Drama en verso quechúa..... 106	Juan de Timoneda.— El Patrañuelo.....
Diderot.—La religiosa. No es un cuento.... 107	
Sófocles.—Filotectes (tragedia).—Juvenal (sátiras)..... 108	
Goethe.—Fausto... 109 y 110	
Modelos de literatura china... .. 111	
Edgardo Poé..... 113	
Virtud al uso y mística á la moda..... 114	

	TOMOS		TOMOS
ratín. — Poesías....	148	Romancillos anóni-	166
duciones militares.	149	mos.....	166
ay Luis de Grana-		Baltasar Gracián. — El	
la. — Sermones.	150	Discreto.....	167
nciones patrióticas.	151	Lope de Rueda. — Pa-	
scursos selectos. 152 y 154		sos y comedias.....	168
mpendio del «Qui-		Lope de Vega. — La	
ote».....	153	moza de cántaro....	169
riosidades históri-		Rojas. — Del rey abajo,	
as.....	155 y 156	ninguno.....	170
ximas y pensamien-		Villaespesa. — Poemas	
os.....	157	escogidos.....	171
manecero popular... 158		Sor María de Ágreda. —	
riosidades litera-		Leyes de la esposa..	172
las.....	159	Caballero. — Pericia	
rtas escogidas.....	160	geográfica de Cer-	
nocimientos útiles.	161	vantes.....	173
abulario artístico.	162	Villaespesa. — El Alcá-	
gramas clásicos... 163		zar de las perlas....	174
ateaubriand. — Viajes	164	Hernández. — El gau-	
arte y Samaniego. —		cho Martín Fierro..	175
ábulas.	165		

BIBLIOTECA CLÁSICA

colección de las obras más selectas de clásicos griegos, latinos, españoles, ingleses, alemanes, italianos, franceses, etc., etc.
Se publica en tomos en 8.º de 400 a 500 páginas.

Todas las traducciones son directas del idioma en que han sido hechas las obras originales, y están hechas por personas competentes.

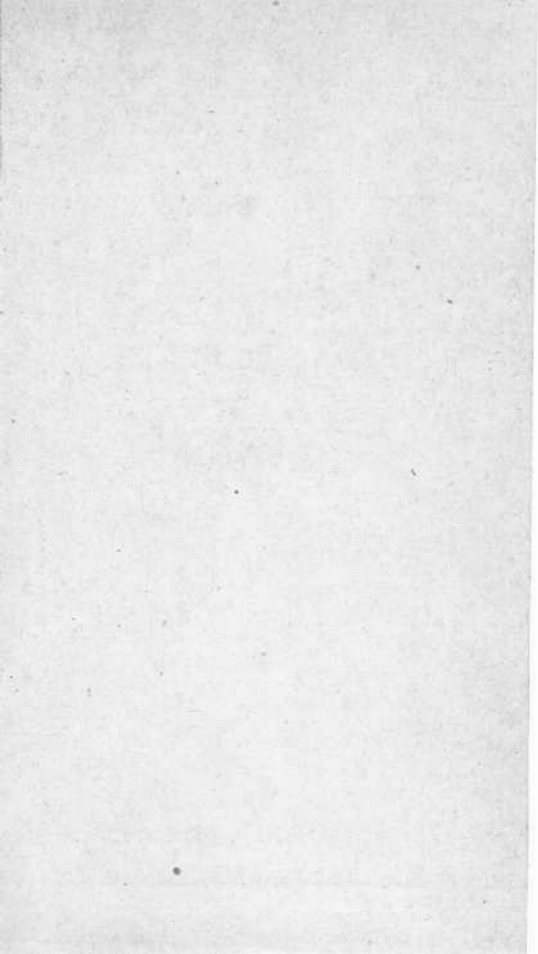
Precio de cada tomo : 8,50 pesetas en rústica.

Ya publicados 246 tomos, que pueden adquirirse por suscripción tomando los volúmenes que se deseen.

DIRECCIÓN :

ERLADO, PÁEZ Y C.^a (SUCESESORES DE HERNANDO)

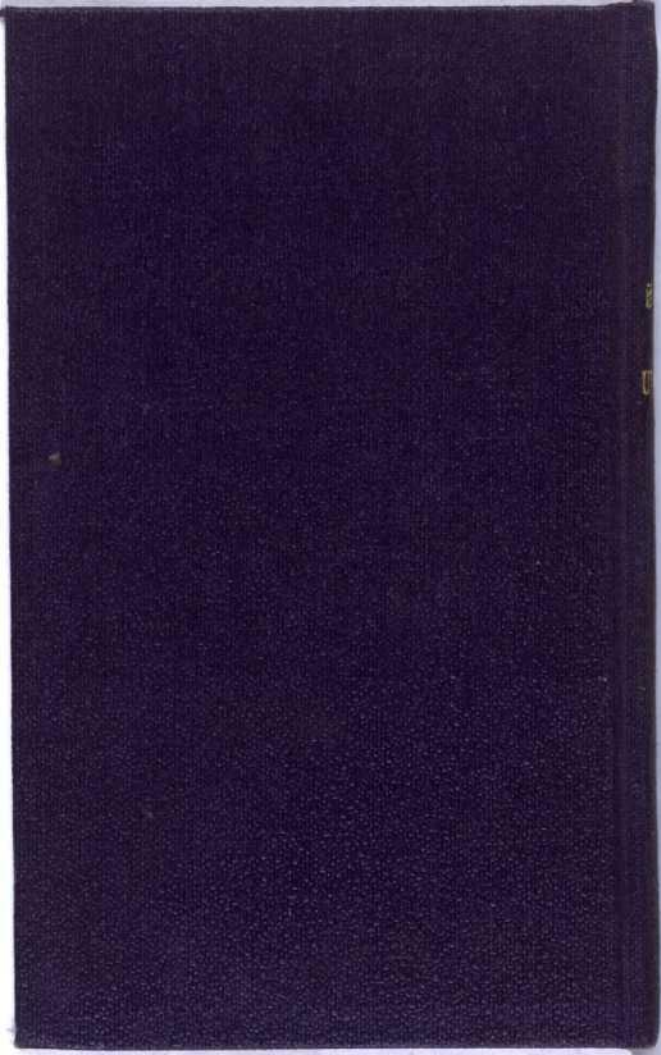
Arenal, 11. — MADRID





E. 102

350



BIRMINGHAM

UNIVERSAL

177